

La Organización política Soberanía y Libertad, con el apoyo de la Fundación Friedrich Ebert, realizó un proceso de formación política dirigido a sus dirigentes, voceros y autoridades. Como parte de este proyecto, se realizaron conversatorios sobre temas estratégicos para el país y se contó con la colaboración de expertos que proporcionaron documentos de análisis base que servirán de insumos para desarrollar la propuesta programática e ideológica del partido.

Las ideas expresadas por los autores no necesariamente representan la posición de SOL.bo

Del marxismo nacional al MAS

Fernando Molina¹

La radicalización mundial de la izquierda en los años 60 llegó a Bolivia mientras el país salía de la experiencia del nacionalismo revolucionario. El nacionalismo revolucionario había sido, a su vez, la radicalización del nacionalismo fundacional del país, responsable de la creación legal y factual del Estado nación boliviano, lograda a partir de la independización del Imperio Español en 1825. Este nacionalismo de izquierda había luchado en contra del modelo económico que se formara en el siglo XIX, tanto en el país como en el resto de Latinoamérica, a partir de una industria predominante: las exportaciones a Inglaterra y, posteriormente, a Estados Unidos de “frutos naturales”, como los llamaban las élites liberales y conservadoras de la época. Se trataba de una economía orientada “hacia afuera”, que dependía completamente de los recursos naturales y que para su funcionamiento requería de la tecnología y los capitales metropolitanos. En opinión de esta corriente izquierdista, sus resultados habían sido deplorables. Los excedentes acumulados por las exportaciones --que en el caso boliviano eran de minerales: plata, primero, y estaño, después-- habían escapado del país, por medio de la fuga de divisas, o había sido apropiados por una delgada capa de la población, la cual hacía una vida de gran lujo, pero no aplicaba su riqueza a la transformación productiva de las grandes propiedades agrícolas que poseía, y mucho menos de las tierras feraces del país. Por tanto, la dinámica actividad exportadora trabajaba como un enclave, una isla de modernidad en medio de un mar de primitivismo agrario, en el que se distinguían las haciendas “semi-feudales”, las comunidades indígenas de propiedad colectiva y las vastas tierras baldías. En esta área del país

¹ **Periodista y escritor boliviano.** En 2012, ganó el premio Rey de España de periodismo iberoamericano. Es colaborador de varias publicaciones bolivianas e internacionales, entre ellas El País de España. Fue director de los semanarios Nueva Economía y Pulso, y subdirector del diario La Prensa. Ha publicado numerosos artículos en medios escritos y digitales de su país y de Santiago de Chile, Madrid y México. Autor de libros de ensayos, biografías, historia intelectual y contemporánea, es uno de los escritores más prolíficos y reconocidos de Bolivia.

vivían indígenas de distintos orígenes étnicos, obligados a servir a los hacendados, ensimismados en un tipo de vida que no había cambiado desde la colonia, o perdidos en los bosques. Era natural que esta porción de la población, mayoritaria además, no estuviera en condiciones de sublevarse contra los señores de la tierra o preocuparse por la política del país, que así quedaba en manos de los blancos, en primer lugar, y luego de los mestizos, participantes estos dos grupos del enclave minero, así como habitantes de las ciudades donde radicaba el comercio, los servicios y la burocracia. El primitivismo agrario alejaba a la mayoría de los bolivianos de las ideas y las decisiones sociopolíticas que se producían en el país; así como la estrechez del canal de comunicación con el mundo –constituido por los más educados miembros de las élites–, alejaba al conjunto de la sociedad de las corrientes ideológicas y de las novedades teóricas que aparecían en el mundo. Al mismo tiempo, el sistema social era estamental, es decir, no se constituía realmente sobre la base de las leyes liberales e igualitarias que se había aprobado formalmente al hacer de Bolivia una república, sino sobre la base de un conjunto de instituciones tradicionales, subterráneas, poco analizadas y reconocidas, pero que operaban eficientemente y dividían a la población en tres grupos con diferentes funciones laborales y públicas, a los cuales se pertenecía por nacimiento, y que por tanto determinaban las expectativas realistas de vida (tanto en la economía como en la cotidianeidad) y de representación política. El grupo de los “decentes”, más o menos blancos, que debían estar a cargo de los grandes negocios, las profesiones liberales y la política; el grupo de los “mestizos”, que asistían a los primeros en todas las actividades concentradas en las ciudades, se dedicaba al comercio y, en política, servía como “tropa” electoral; y el grupo de los “indios”, que debía languidecer en las tareas agrícolas y los servicios personales en beneficio de los otros estamentos, inhabilitado para participar en el debate público.

Había, claro está, ciertos traslados y ascensos dentro de este mundo por lo demás cerrado. Uno de ellos, de gran importancia para lo que tenemos que decir, fue la transformación de unos cuantos cientos de miles de indígenas dedicados a la agricultura en la mano de obra de la industria minera, que la requería para la explotación del rico subsuelo nacional. Se formó así un sector moderno –despojado de propiedad, más educado que sus ancestros campesinos, individuado y al mismo tiempo obligado a trabajar de forma colectiva y coordinada– con intereses directamente contrarios a los de la oligarquía, ya que el núcleo de ésta estaba conformado por sus patronos.

Nutridos grupos de obreros mineros y nutridos grupos provenientes de los sectores mestizos de las clases medias constituyeron el “bloque nacionalista” que expresó su insubordinación ante la economía volcada hacia afuera, la fuga de capitales, el carácter estamental de la sociedad y el consiguiente monopolio “blanco” de la actividad de gobierno. Este nacionalismo avanzó más allá de donde el nacionalismo previo había llegado. Para aquel ya no se trataba de posibilitar el desarrollo nacional rompiendo con España y aliándose con la demás metrópolis, sino de romper con todas las potencias europeas y con Estados Unidos, que a principios del siglo XX se habían convertido en el principal país del mundo. Este rompimiento con los poderes extranjeros se debía conjugar con un simultáneo vuelco a lo nacional: en

economía, mediante la nacionalización; en política, a través de la constitución de un “demos” o cuerpo político que incorporara en igualdad de condiciones a los tres estamentos ya descritos; y en cultura y psicología social, por medio de la mezcla de los valores y las características de los “decentes” y de los indígenas, de modo que el estamento intermedio se engrosara y pasara de ser el grupo de los mestizos a ser “lo mestizo”, el meollo de la condición nacional.

Este programa guardaba similitudes con el implementado por las burguesías europeas y estadounidense en sus respectivos países en diferentes momentos de los siglos XVII, XVIII y XIX. El parecido era parcial, porque estas burguesías fueron protoindustriales y quisieron apoyar su autonomía sobre mercados internos bien desarrollados. En cambio, en Latinoamérica, donde el fenómeno del nacionalismo revolucionario marcó una época; y concretamente en Bolivia, donde este transformó radicalmente a la sociedad estamentaria del pasado, la alternativa no se dio entre mercado nacional e industria, por un lado, y mercados locales y agricultura, por el otro, sino entre una economía abiertamente “hacia afuera”, en manos privadas, y una economía que, gracias al protagonismo del Estado, usara los excedentes de la exportación de recursos naturales, que no podía superarse, en la promoción del desarrollo interno; podría describirse como una economía que sacara el cuerpo afuera, pero tornara la cabeza hacia el interior, para procurar la industrialización de base nacional. Y ésta solo podía ser construida por el Estado nacionalista.

En los años 40 y 50 el nacionalismo revolucionario boliviano, como luego harían las demás corrientes de izquierda del país, extrapoló la situación que se había vivido a fines del siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX, una situación de fuga de capitales, aprovechamiento por los inversionistas extranjeros de los recursos naturales y ausencia de “goteo” de riqueza desde las capas oligárquicas exportadoras al resto de la población, para llegar a la conclusión de que todos estos procesos se debían a la acción regresiva de las clases dominantes del país, las cuales actuaban al servicio de los capitales y las políticas liberales de Estados Unidos (el “imperialismo”). Estos, a su vez, por su miedo a la competencia de otras industrias manufactureras en el mercado mundial, se las arreglaban para impedir que las mismas nacieran y se desarrollaran. El subdesarrollo de los países “atrasados” se debía a una extensión en escala mundial del proteccionismo de Estados Unidos y otros países desarrollados.

Por tanto, había que plantearse la tarea de la “liberación nacional”, dotar al Estado boliviano de una real autonomía y de “consciencia” y encargarlo de dirigir el esfuerzo de transformación social, con destino al desarrollo.

El marxismo frente al nacionalismo revolucionario

La filosofía de la historia marxista, o “materialismo histórico”, prescribía que cada sociedad debía pasar por “etapas” similares, marcadas por un tipo de desarrollo de la técnica social, o “fuerzas productivas”, desarrollo que determinaba la constitución de unas “relaciones de producción” (o de propiedad) que eran de conveniencia de una determinada clase social dominante, que por tanto actuaba como fuerza conservadora, vigilante del orden social. El marxismo creía que la industrialización y todos los procesos relacionados con ella, entre los

cuales estaba la globalización del mercado y el abandono por parte de ingentes masas de personas de la tierra a la cual habían estado secularmente atadas y su transformación en trabajadores sin propiedad (“proletarios” o --únicamente-- dueños de su prole), correspondían con el dominio de las relaciones de producción basadas en el capital, esto es, con el reino de la burguesía. La extensión de estas relaciones, el pleno cumplimiento de la “etapa” capitalista, así como su transformación en un obstáculo estructural para el desarrollo de la técnica, era, por tanto, la condición sine qua non --puesto que era material-- de la posibilidad de que la otra clase social, el proletariado, sustituyera el predominio del capital por la planificación socialista de la actividad humana. Para el marxismo inmediatamente posterior a Marx, el socialismo solo podía plantearse en los países capitalistas más avanzados, donde el carácter reaccionario del capital se manifestaba en las crisis cíclicas de la economía. En cambio, en los países más “atrasados” o “semicapitalistas”, el capital y el gobierno de la burguesía no se habían convertido aún en reaccionarios, sino que debían cumplir su tarea civilizatoria, avanzar la “etapa” histórica que les correspondía hasta el punto en que, en algún momento del futuro, esta etapa quedara superada y comenzara la siguiente. Todo dependía, en última instancia, de la capacidad o la incapacidad de la institución social de cada sitio para hacer avanzar la técnica humana.

Las tareas del partido del proletariado eran, por tanto, diferentes según se realizaran en los países desarrollados industrialmente o en los que todavía eran mayoritariamente agrícolas y comerciales, como era Bolivia antes de la revolución nacionalista revolucionaria, que ocurrió en abril de 1952. En los primeros, debía prepararse por vías democráticas o por medio del uso sistemático de la huelga general para tomar el poder e instaurar la “dictadura del proletariado”, concebida como un mecanismo de transición, necesario por un tiempo corto o largo para acabar con el capital y organizar en su lugar un sistema racional e igualitario de administración de la riqueza. En los segundos, debía apoyar a la burguesía a cumplir sus tareas históricas, a fin de crear las condiciones materiales para su propia y posterior revolución.

Pero, ¿qué pasaba, plantearon los socialistas rusos, en un país como Rusia, mayoritariamente agrario aún, pero con un proletariado fuerte que con sus reivindicaciones socialistas obligaba a la burguesía de ese país a desoír su “llamado histórico” y aliarse con la monarquía y la aristocracia en la defensa de un status quo semifeudal, sin democracia, sin libertad para el desenvolvimiento industrial, sin una verdadera y completa reforma agraria? Pues que, en ese caso, se debía formar un “gobierno obrero campesino”, con la inclusión de algunos sectores burgueses, que se ocupara de lo que la burguesía como tal no iba a hacer, porque se había atrasado y ya no podía actuar autónomamente respecto de la aristocracia que pervivía o, en su caso, del “imperialismo”.

En 1917, dos socialistas rusos, Lenin y Trotsky, plantearon además que ese gobierno obrero y campesino, una vez en el poder, no se detendría en lo estrictamente necesario desde el punto de vista “objetivo”, es decir, con arreglo a la prescripción histórica que hacía depender la novedad de una sociedad de los avances de la técnica, sino que daría “un salto” a las tareas socialistas, tanto por la inercia de clase como por las propias necesidades que emergerían del

avance de la revolución. En concreto, los obreros y los campesinos tendrían que apelar a la expropiación de la burguesía para evitar que esta, en alianza con el *antiguo régimen*, saboteara los progresos alcanzados por la revolución. Por tanto, dijeron Lenin y Trotsky, se daría un proceso continuo o “permanente” de acción revolucionaria, que comenzaría en una “etapa” democrática y terminaría en otra socialista. Por tanto, el gobierno de coalición izquierdista que podía y debía formarse al inicio de la revolución tendría muy pronto que ser copado por la “vanguardia” proletaria, el partido doctrinalmente comunista, pues él, y solo él, estaría en condiciones de evitar que terminara traicionando a la causa común. La diferencia entre Lenin y Trotsky solo se refería a la amplitud que ambos le daban a esta propuesta. Para Lenin, se trataba de una solución más que nada rusa, que perdería importancia una vez que se produjera la revolución socialista en los países desarrollados. Para Trotsky, consistía en una regularidad de carácter universal, que emergía de la nueva naturaleza del capitalismo mundial, fuertemente interconectado y por tanto lleno de zonas en las que se había producido un “desarrollo combinado” entre capitalismo –el cual era la condición de posibilidad de la lucha socialista– y atraso agrario, el que causaba a su vez relaciones políticas autoritarias y ponía en el orden del día las ya mencionadas tareas burguesas.

De este modo se generaron, en el seno del marxismo mundial, tres posiciones respecto a la revolución, las tres de las cuales influirían de uno u otro modo en la izquierda boliviana y su historia.

La primera de estas posiciones era la del “socialismo democrático”, que suponía que el gobierno de la clase obrera, y por tanto su programa de vindicaciones socialistas, se realizaría a través de cambios progresivos y democráticos en las sociedades capitalistas avanzadas que, a raíz de su enorme avance económico y jurídico, terminarían llegando a la meta de la administración colectivista de la economía y las instituciones, y a la lenta pero inevitable extinción de la propiedad privada. Para estos socialistas al final ya no era necesaria la “dictadura del proletariado” ni tampoco la expropiación de la propiedad privada. El socialismo se lograría por medio del triunfo electoral del proletariado organizado en partido y en sindicatos, y éste cambiaría progresivamente el carácter individual de las actividades productivas, hasta lograr que fueran insumidas o controladas por el Estado, esto es, por la sociedad organizada políticamente. La colectivización podría lograrse a través de reformas tomadas desde el poder, antes que de una irrupción violenta de las clases populares, el cual podía hacer estallar el poder existente. La elevada cultura europea y los grandes recursos que el éxito capitalista de los países europeos había proporcionado al proletariado habilitaban a este para pasar de manera indolora de la “etapa” burguesa al socialismo como tal, construyendo así un socialismo democrático e inclusivo, que desestimara las vías violentas de transformación social.

Esta era la posición de los socialistas alemanes y franceses que, con el correr del tiempo, extirparían el marxismo de la socialdemocracia o formarían el eurocomunismo.

La segunda posición del socialismo ante la revolución, en concreto en los países atrasados, pedía a esta corriente suplantar a la burguesía o en su caso empujarla a la radicalidad mediante la formación de frentes de izquierda que: a) voltearan a la oligarquía; b) derribaran los pilares estamentales (precapitalistas) de la sociedad; c) construyeran las bases sociales del capitalismo (reforma agraria para posibilitar la reconcentración industrial de la tierra; creación de un mercado interno potente; industrialización, formación de un proletariado industrial de gran escala y construcción de la democracia política), y d) permitieran que el proletariado se organizara sindical y políticamente para constituirse en el sujeto de la “segunda etapa” de la revolución, la cual tendría un sesgo nítidamente socialista.

Esta teoría recibió el nombre de “revolución por etapas” y fue adoptada por una serie de partidos marxistas más dispuestos a llegar a acuerdos con los partidos burgueses y semiburgueses no marxistas, pero que no desestimaban la posibilidad de acceder al poder, así aliados, por medios violentos, ya que la oligarquía y el “imperialismo” se resistirían a abandonar sin lucha sus posiciones de privilegio. Eran revolucionarios, pero proclives a una “revolución nacional”, orientada a la plena realización del Estado nación, antes que se dieran las “condiciones objetivas” (el despliegue completo del capitalismo) de una revolución socialista mundial. Esta posición se vio reforzada por la reforma llevada a cabo en 1925 por Stalin de la teoría de la revolución leninista-trotskista, por la que en las filas comunistas se llegó a la conclusión de que, una vez en el poder, el proletariado no esperaría la revolución de los países desarrollados para completar su propia revolución, sino que haría el “socialismo en un solo país”. De este modo, el estalinismo le daba una “base nacional” al sistema que Marx soñó con escala universal, lo que después de la Segunda Guerra Mundial se traduciría en la aparición de diversos “comunismos nacionales”, escindidos en mayor o menor medida del soviético: el yugoeslavo, el chino, el albanés, el cubano, etc.

El partido boliviano que seguía la orientación estalinista, el Partido Comunista de Bolivia (PCB; nacido en 1951), dejó de ver al nacionalismo revolucionario, que triunfaría un año después de su fundación, como una facción reaccionaria y fascista de la burguesía, tal como había hecho su precursor el Partido de la Izquierda Revolucionaria (PIR). Este había desarrollado tal teoría a causa de la necesidad de “salvar a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), el primer “socialismo en un solo país”, de la amenaza nacionalsocialista. Dicha estrategia dio lugar a una alianza mundial entre los comunistas estalinistas y los liberales pronorteamericanos, la que en Bolivia se tradujo en la acción conjunta entre los partidos tradicionales del periodo prerrevolucionario, que representaban o estaban influidos por la oligarquía exportadora, y el PIR, en contra de uno de los primeros gobiernos nacionalistas revolucionarios, el de Germán Villarroel, en 1946. En el momento de la aparición de PCB, sin embargo, estos tiempos habían pasado: la URSS y Estados Unidos vivían en “guerra fría” y los bolivianos que seguían la línea moscovita, pese a que no pudieron acercarse tanto como hubieran querido a los gobiernos revolucionarios (a causa del pasado que hemos narrado), colaboraron con ellos en algunos aspectos, sobre todo dentro de los sindicatos. Desde su

fundación en 1953 hasta 1989, la Central Obrera Bolivia (COB) fue dirigida por el líder obrero del nacionalismo revolucionario, Juan Lechín, junto con diversos militantes comunistas.

La posición del PCB sobre el nacionalismo revolucionario y la Revolución Nacional de 1952 fue expresada de forma destacada por René Zavaleta, un intelectual que terminó militando en aquel partido luego de haber sido, lo que no es casual, un importante miembro del Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), la principal expresión política de la corriente nacionalista revolucionaria, así como vanguardia del proceso que comenzó en 1952. Zavaleta señaló que la contradicción fundamental de la política boliviana se daba entre la economía “hacia fuera”, la oligarquía exportadora y su socio “imperialista”, junto con el ejército al que estos recurrían en su defensa, por un lado; y lo “nacional-popular”, por el otro. Lo nacional-popular era la suma de: i) el programa de economía “hacia adentro”, de nacionalización de la industria exportadora y de uso de sus excedentes en la industrialización, ii) la democratización de la sociedad por medio de la superación del fondo estamental que la constituía y la ampliación del demos con la participación indígena. Lo “nacional-popular” era, entonces, el programa nacionalista revolucionario, pero conducido por el proletariado minero y el campesinado, no por la clase media del MNR, que había llevado estas banderas durante un trecho de su trayectoria, esto es, al hacer la Revolución Nacional, pero luego las había arriado por formar una “burguesía nacional” que se ocupara de las tareas abordadas por la Revolución que no podía resolver directamente el Estado, esto es, la creación de un aparato productivo y un mercado nacionales, donde se incorporaran los campesinos –que ya eran dueños de tierra gracias a la reforma agraria de 1953-- en calidad de obreros, lo que daría paso a la concentración capitalista de la tierra. Para el comunismo se trataba, por tanto, de apoyar al ala “izquierdista” del nacionalismo, que representaba lo nacional-popular, y cuyo núcleo era el proletariado minero, en contra de las fuerzas “derechistas” de la propia Revolución, que contenían a la izquierda para evitar que la dinámica revolucionaria continuara (como las burguesías europeas, los “derechistas” temían que su revolución se desbordara y se hiciera más radical de lo deseable). Por eso procuraban detenerla en el punto del establecimiento de una “burguesía nacional”, que había estado formando la clase media aupada por el proceso revolucionario y enriquecida por medio de la corrupción del nuevo Estado productor. Se trataba de un burguesía parasitaria, que reproducía los mismos defectos que tenía la oligarquía anterior a 1952.

La deriva “derechista” del MNR y la táctica ya mencionada de apoyo crítico a su sector obrero y campesino, generaron una nueva izquierda de carácter nacionalista revolucionario o “izquierda nacional”, que tomó el fracaso parcial de la experiencia revolucionaria como una invitación a profundizar sus supuestos de origen. En los años 60 y 70, esta corriente abarcaba al Partido Revolucionario de la Izquierda Nacional (PRIN) de Juan Lechín, al ala zavaletiana y a la escisión prochina del PCB, al MNR de izquierda de Hernán Siles y a los partidos organizados en torno a algunos líderes militares nacionalistas de la época, en particular Juan José Torres. Todos estos grupos eran tanto nacionalista revolucionarios como marxistas; la teoría de la revolución por etapas les permitía hacer coincidir ambas tradiciones.

En cambio, la izquierda internacionalista era más obrerista y más contraria a las clases medias nacionalistas revolucionarias. En determinados momentos el trotskismo también apoyó al ala obrera del MNR, con la idea de que si los obreros dirigían el proceso revolucionario necesariamente convertirían a este en socialista, con lo que el testigo de vanguardia pasaría a manos del Partido Obrero Revolucionario (POR), el cual existía desde los años 30. Sin embargo, con el desmoronamiento del MNR, el sempiterno líder del POR, Guillermo Lora, llegó a la conclusión de que las masas ya habían vivido la experiencia nacionalista revolucionaria, habían comprobado en carne propia su error y su incapacidad para desarrollar plenamente al país, y por tanto estaban listas para avanzar directamente al socialismo. A partir de ese momento, el POR dejó de plantear la “revolución permanente” en el sentido original de Lenin y Trotsky, esto es, una revolución que comenzara siendo burguesa y democrática, pero que, al estar dirigida por un frente de obreros y campesinos, se transformara en socialista; y comenzó a agitar por una revolución directamente socialista. Nunca más usó la táctica de aliarse con el resto de la izquierda, y mucho menos con la izquierda nacional (excepto para proteger a los militantes de la izquierda de la represión, y aun así muy limitadamente); en cambio se dedicó a predicar la necesidad, invariable en todas las coyunturas, de la dictadura del proletariado. Si el estalinismo creía en el “socialismo en un solo país atrasado”, el trotskismo con más influencia y duración en Bolivia tenía fe en la “revolución socialista en un solo país atrasado” (a la que, sin embargo, llamaba equivocadamente “revolución permanente”).

La radicalización de los años 60

La radicalización política de América Latina en los años 60 comenzó con dos hechos acaecidos, ambos, en enero de 1959: la Revolución Cubana y la convocatoria al Concilio Vaticano II. Cada uno de ellos sacudió la conciencia de miles de creyentes, afiliados a la religión católica, los unos, y a la religión laica del comunismo, los otros. Su efecto fue doble, por tanto, para los cristianos con inclinación social, como Camilo Torres, quien luego de egresar de la universidad católica de Lovaina (Bélgica) volvió a Colombia para cumplir un compromiso que ya no era piadoso, sino político. Se cifraba en el encuentro entre el “poner primero a los pobres” que movía a la mayoría de los católicos conciliares y la “orientación cubana” de la revolución socialista. Torres pasó del sacerdocio a la militancia en el castrista Ejército de Liberación Nacional (ELN) y murió en su primera acción armada, en febrero de 1966. La decisión de los cristianos de unirse a la lucha armada que preconizaban los marxistas fue uno de los principales factores convulsionantes de la situación latinoamericana de esa época. Por eso es posible decir que la radicalización política latinoamericana fue sobre todo la radicalización del cristianismo.

La muerte de Torres y, poco después, la inmolación de la guerrilla dirigida por el Che Guevara en 1967, conmovieron de tal manera a los jóvenes cristianos bolivianos –entre ellos al novicio Néstor Paz Zamora, hermano de Jaime– que muchos de ellos decidieron seguir este camino. Un importante grupo de la Democracia Cristiana Revolucionaria, el ala juvenil e izquierdista que acababa de desgajarse del cristianismo político del país, concurriría en 1970 a

la selva de Teoponte, al norte de La Paz, para vivir su propia experiencia guerrillera, la cual no tuvo un mejor destino que el de Torres. Néstor Paz moriría en ella casi sin combatir, abatido por el hambre y las enfermedades tropicales. 57 jóvenes guerrilleros perecerían con él.

La radicalización de la juventud europea siguió canales diferentes. Una menor religiosidad social determinó una también menor importancia de los cristianos en el proceso, que se dio sobre todo en el seno del marxismo (convertido por los resultados de la Segunda Guerra Mundial en la doctrina oficial de la mitad del planeta). Allí donde se aplicaba, el marxismo había perdido su reputación, pero todavía la conservaba en Europa occidental, hasta que esta fuera herida de muerte por la lectura del premier Jrushov de su informe sobre los crímenes de Stalin en el 20 Congreso del PCUS de 1956, y por el aplastamiento soviético de la revolución húngara ese mismo año. Esta herida mataría rápidamente la “ilusión soviética” que sentía la izquierda europea y mundial, pero solo mucho después su fermentación terminaría favoreciendo a la corriente antagónica del liberalismo. Durante los años 60, en cambio, un tiempo de florecimiento de los “comunismos nacionales” como el yugoeslavo, el cubano y el chino, y de “Revolución Cultural”, la separación de la izquierda europea de la URSS se verificó como una simultánea aproximación hacia estos otros referentes, que parecían “volver a las raíces” y restablecer el compromiso del comunismo con la superación integral y efectiva del capitalismo. Al mismo tiempo, parecían dar a esta lucha un carácter auténticamente nacional, es decir, concebirla como una respuesta a los problemas de cada país, y no como una receta dogmática importada desde Moscú que, por eso, se tornaba puramente retórica. La radicalización europea tuvo la forma de una superación de los hábitos y las ideas políticas de los partidos comunistas, que hasta entonces se habían limitado a la repetición de una “ortodoxia revolucionaria”, oxímoron que lo dice todo.

Esta pulsión por ir “más allá” del leninismo o, mejor, por sacar las conclusiones correctas del leninismo, purificándolas de la desviación conservadora y tiránica en la que había incurrido Stalin, se tradujo en un flujo de militantes hacia los recién aparecidos “partidos comunistas marxistas-leninistas” controlados por China. Era un fenómeno paradójico, porque si bien estos partidos podían aferrarse a la evidencia de una revolución comunista que, pese a las previsiones y los consejos de Stalin, había logrado sus propósitos en un país subdesarrollado y con una base campesina y nacionalista, al mismo tiempo se habían distanciado de los soviéticos por las razones equivocadas, es decir, a causa de la relativa apertura política y del revisionismo histórico impulsados por Jrushov, que para Pekín resultaban peligrosos. A causa de esta contradicción, el maoísmo no cumpliría en Europa (y tampoco en América Latina) un papel más significativo que el de debilitar a las redes comunistas ya establecidas y producir cuadros intelectuales para la transformación de la ideología izquierdista anterior, rigurosa y reseca, en un conjunto de creencias más flexible y convocador (con muchos puntos de contacto con el “nacionalismo revolucionario” que habían inventado los latinoamericanos durante las primeras décadas del siglo).

Pese a la fortaleza de la influencia china, el gran renovador intelectual del marxismo en esta época no fue Jean Paul Sartre, que militaba en grupos comunistas franceses prochinos, sino

Louis Althusser, quien se mantendría en el Partido Comunista Francés toda su vida. El filósofo tendría una gran influencia sobre los estudiantes que se sublevaron en Mayo del 68 en contra del establishment social y cultural (incluyendo en él, y no en último lugar, al “partido”, el cual se negaría a apoyar el levantamiento estudiantil organizando huelgas obreras). Podría decirse que el giro de los intelectuales franceses hacia el maoísmo pasó a través de Althusser, a quien Mao quiso conocer. En *El porvenir es largo*, su autobiografía, Althusser confiesa que él también hubiera querido visitar al líder chino, pero no lo hizo por miedo al aparato político al que pertenecía.

A través de su discípula Martha Harnneker, autora de un difundidísimo manual de materialismo histórico, Althusser también tuvo influencia en los sectores teorizantes de los movimientos revolucionarios latinoamericanos. Y la tuvo también, por supuesto, en los círculos de estudiantes de Lovaina, entre ellos el conformado por Jaime Paz Zamora. Echemos mano de los recuerdos de su compañera de entonces, Carmen Pereira, tal como se presentan en la biografía de Paz Zamora escrita por Omar Chávez y Susana Peñaranda:²

“Junto a otros estudiantes bolivianos, entre los que estaba Tano Llobet, Cuto Arguedas, Jaime Vergara y Eduardo Ruiz formamos un grupo de estudio de [los autores políticos de medianos de los 60]. A veces viajábamos a París a oír las conferencias del profesor Althusser. Conocimos a sus discípulos Martha Harnneker y Nicos Poulantzas”, dice Pereira. Según ella, Althusser no fue para ellos, a diferencia de para tantos otros, “una etiqueta”: “A Jaime y a mí nos ayudó muchísimo, sobre todo porque nos ayudó a pensar por nosotros mismos, sin seguir ninguna directiva y a desarrollar un pensamiento adecuado a la realidad de cada circunstancia”.

Para poder evaluar estas palabras, necesitamos conocer, aunque sea de forma muy breve, lo que Althusser consideraba que era su contribución teórica a la política de la clase obrera contemporánea. Consistía en comprender “en todas sus consecuencias científicas y filosóficas lo que han comprendido en la práctica, desde hace mucho, los militantes proletarios: el carácter revolucionario de la teoría marxista”. Esto implicaba “producir los conceptos científicos indispensables para el análisis de la lucha de clases hoy, en nuestros países y fuera de ellos”. Pero había que buscar “los inmensos recursos (que existen) para la lucha revolucionaria ahí donde están: en las masas explotadas. No se los ‘descubrirá’ sin un estrecho contacto con estas masas y sin las armas de la teoría marxista-leninista”.³

Carmen Pereira —y, según ella, también Paz Zamora y los otros bolivianos de Lovaina— tomó de Althusser este llamado: Había que usar el marxismo como un método de comprensión de la realidad, en lugar lo que los soviéticos pretendían, que era considerarlo un conocimiento definitivamente adquirido del que, puesto que era científico, no cabía apartarse. Sin embargo, reducir el programa de Althusser a esta actitud antidogmática deja un montón de filosofía de lado. El principal objetivo del escritor francés era, en sus palabras, “defender el marxismo de

² Omar Chávez y Susana Peñaranda, *Jaime Paz Zamora: un político de raza*, La Paz, ed. de los autores, 1997.

³ Louis Althusser y Etienne Balivar (1967), *Para leer el capital*, México, Ed. Siglo XXI, décimo quinta reimpresión de la edición española de 1969, pág. 10.

las interpretaciones burguesas o pequeñoburguesas que lo amenazan”, siendo las principales el “economismo” o teoría científicista que deriva todas las decisiones de causas económicas, eliminando la autonomía humana (la doctrina soviética), y el “humanismo” o pensamiento subjetivista que no toma en cuenta la superioridad y trascendencia de las estructuras sociales respecto de las decisiones individuales, con lo que la revolución deja de estar vinculada a la necesidad histórica y se convierte en un movimiento *ético* (y, por tanto, una expresión de la generosidad paternalista del pequeñoburgués/burgués).

Si recordamos que en 1971 Paz Zamora escribió un artículo en homenaje a su hermano caído en Teoponte en el que considera el amor cristiano desde una perspectiva marxista, está claro que el líder del Movimiento de la Izquierda Revolucionaria (MIR, fundado en 1971) nunca llegó a ser propiamente althusseriano. Esto también resulta evidente si se toma en cuenta el desarrollo posterior del marxismo occidental, por un lado, y de Paz Zamora y el MIR, por el otro. En los 80, como veremos, estos últimos terminarían apartándose del primero y formulando la estrategia del “entronque” entre el izquierdismo y el nacionalismo revolucionario.

Sin embargo, es atendible la hipótesis de Chávez y Peñaranda en sentido de que fue la visión objetivista y estructural de la revolución que Jaime tomó de Althusser la que determinó la forma particular de radicalizarse de aquel, y le evitó caer en el voluntarismo mesiánico de Néstor y el procubano Ejército de Liberación Nacional (ELN, fundado por el Che Guevara para su combate boliviano, en 1967), que constituyeron una de las más dramáticas formas de ese humanismo que Althusser había condenado. Por esta razón, dicen Chávez y Peñaranda, Jaime Paz Zamora se pronunció en ese momento a favor del “insurreccionalismo”, un camino intermedio entre el “esperar el cumplimiento de las condiciones objetivas” de los soviéticos y el “revolucionar (militarmente) la revolución” de los castristas. Un camino intermedio que en mucho coincidía con el maoísmo, el cual buscaba –típicamente– reproducir por doquiera la trayectoria del Partido Comunista Chino, que como se sabe se había transformado en una organización militar, pero de masas, y no había organizado un “foco” armado, sino la Guerra Popular Prolongada.⁴ Este también fue el razonamiento de Jaime Paz, que se unió en Lovaina al Partido Comunista Marxista-Leninista (PCML) de Bolivia, que según les dijeron se hacía fuerte en el país y planeaba fomentar la insurrección campesina a través de acciones armadas para distribuir la tierra de los terratenientes. La estrategia del PCML se adaptaba a las condiciones sociales bolivianas algo mejor que la de Guevara, pero tampoco era realista, puesto que el latifundismo generalizado contra el que había luchado Mao en su momento había sido eliminado de Bolivia por la Revolución Nacional. Pero en ese momento ninguna prevención que evitara actuar era escuchada con seriedad.

⁴ Sin embargo, la diferencia no siempre era clara; recordemos que varios de los acompañantes del Che en la guerrilla boliviana pertenecían al PCML. Y el único justificativo que el líder del PCML Motete Zamora (“Rolando”) dio a su decisión de crear su propia guerrilla y no acompañar los esfuerzos castristas fue que no había sido invitado a hacerlo.

Paz Zamora, se dice en su biografía, también “asimiló el pensamiento político tercermundista, estudiando a líderes que orientaban procesos políticos de envergadura en varios países del mundo. Leyó a Ho Chi Min, a Van Giap, conductores del proceso vietnamita; a Kim il Sun, el líder del proceso norcoreano; a Amílcar Cabral, jefe del proceso anticolonialista de Guinea-Bissau, autor de *Unité et Lutte*, la ‘Biblia’ de los movimientos anticolonialistas africanos” y, por supuesto, a Mao Tse Tung. Según Chávez y Peñaranda, “de estos autores y dirigentes políticos tercermundistas Jaime retuvo en su mente aquello que más admiraba: la capacidad para impulsar procesos políticos genuinamente nacionales; es decir, dinámicas afirmadas en los problemas, los conflictos y las necesidades de las realidades nacionales en cada caso”.

Jaime no aguantó a los maoístas mucho tiempo y abandonó el PCML. Lo hizo cuando, según Chávez y Peñaranda, comprobó que el partido estaba concentrado en el enfrentamiento faccioso contra los “moscovitas” y lejos, por tanto, de funcionar como el motor de la unidad de la izquierda. Volvió a Bolivia en 1969 convertido en un “marxista independiente”.

En abril de 1970, la Central Obrera Boliviana, con gran influencia del POR, aprobó su “tesis socialista”, según la cual el objetivo de la lucha obrera popular no era otro que la expropiación de la burguesía, medida que haría posible la ruptura del país con el imperialismo y el cumplimiento, a través del Estado socialista, de las tareas del desarrollo nacional. En julio de ese año, Néstor partía a Teoponte. En noviembre, luego del golpe de Estado que derrocó al General nacionalista Alfredo Ovando y llevó al poder al militar izquierdista Juan José Torres, los nueve sobrevivientes de la guerrilla salieron de la selva rumbo al exilio. Con ello, sin embargo, el ELN no desapareció. La radicalización de los intelectuales, los estudiantes y los obreros siguió su curso.

El 10 de enero de 1971, La Paz se despertó por el ruido de unos aviones militares que respaldaban un golpe de Estado. Se trataba del primer intento del entonces Coronel Hugo Banzer, quien fracasaría en esta ocasión, pero terminaría haciéndose con el poder el 21 de agosto siguiente. Por este primer levantamiento, en el que careció del apoyo militar suficiente para derrocar al presidente de entonces, el General nacionalista de izquierda Juan José Torres, Banzer tuvo que exiliarse en la Argentina. Su amenaza fue contestada con la movilización de los sectores sindicales y populares que respondían un poco a Torres y otro poco a los partidos de la izquierda marxista radical, que aunque no necesariamente respaldaban al gobierno, en todo caso estaban completamente en contra de la posibilidad de un nuevo golpe que pusiera a cargo del país al ala derechista del ejército, uno de cuyos representantes era Banzer.

En ese momento los bolivianos se enfrentaban en torno a dos proyectos de organización de la sociedad. Los sectores populares movilizados no solo rechazaban la dictadura de los sectores duros del ejército que se estaba preparando, sino que aspiraban a empujar a Torres, o a sustituirlo, para llegar al “socialismo”, que, en ese momento y en ese lugar, significaba exactamente lo mismo que en los libros de Lenin, es decir, el tipo de sociedad que crearon las revoluciones rusa, china y cubana. También una dictadura, entonces, solo

que de signo opuesto. La “dictadura del proletariado aliado con los campesinos” liberaría las fuerzas productivas del país, estancadas por el dominio imperialista estadounidense sobre los mercados mundiales; desarrollaría la economía mediante la producción industrial y el aprovechamiento colectivo de los productos del trabajo; incorporaría a los indígenas en la sociedad moderna, convirtiéndolos en obreros, y permitiría a las distintas culturas bolivianas adquirir soberanía política y territorial, aunque fuera en condición subordinada, ya que nada ni nadie podía escapar al proyecto de construcción –considerado históricamente necesario y por tanto obligatorio y universal– de la sociedad del mañana.

Torres, que finalmente era un nacionalista, no estaba muy convencido de que medidas de semejante magnitud fueran respaldadas por la mayoría de la población y, además, constituyeran una salida para los profundos problemas del país. ¿Romper definitivamente con Estados Unidos, convertirse en un aliado de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas o de China estando en el medio de Sudamérica, gobernar con esa multitud de jóvenes radicalizados e ingenuos, que probablemente vacilarían a la primera dificultad, aplastar a la institución armada que lo había educado para darle el poder a un manojito de partidos valientes pero irresponsables, y virulentamente enfrentados unos contra otros? Torres dudaba y las manifestaciones le pedían que se decidiera: si no avanzaba, lo aplastarían Banzer y sus “gorilas”, respaldados por las clases altas aterrorizadas por el “avance comunista” de estos años: por la decantación de tantos jóvenes “decentes” por la lucha armada, los secuestros y los robos por móviles políticos, el reclamo de las manifestaciones callejeras de un “paso al socialismo”, y un largo etcétera de afrentas simbólicas y amenazas concretas al orden establecido.

Tal era la polaridad de entonces: Banzer, dirigente del ala dura del ejército, más las élites conservadoras, en contra de un “pueblo” que no pedía *más* democracia, sino *menos*: decisiones tan duras como fuera necesario para liquidar a la parte de la sociedad que defendía el estatus quo e implantar un gobierno de nuevo tipo, un gobierno con conciencia de clase y capaz de forzar a los bolivianos a los mayores sacrificios para llegar a la “tierra prometida” de la igualdad.

Allí había vivacidad política, había altruismo, había coraje, había patriotismo, ya que muchos se mostraban dispuestos a arriesgar sus vidas y sus pertenencias personales en busca de un sueño común, pero en todo caso la democracia estaba fuera de consideración, excepto porque a veces esta palabra se usaba como sinónimo de dictadura obrera: *democracia para el pueblo, dictadura para sus verdugos*.

En 1971 se producía un juego social que los teóricos llaman de “suma cero”. Si la democracia exige y equivale a “cooperación”, la revolución o la contrarrevolución representan la victoria de un bando y la derrota absoluta del otro. En ellas todo lo que gana uno, lo pierde el otro, y por tanto la colaboración resulta imposible. Las únicas opciones que existen son las violentas.

En el sentido común de ese momento, la Revolución solo había sido un astuto engaño de la burguesía y el imperialismo estadounidense para paliar los problemas sociales bolivianos de un modo que conservara su dominio sobre el país y el mundo, respectivamente. Una revolución de este tipo correspondía con el nivel de desarrollo del país, que apenas acababa

de entrar en la economía de mercado, pero no podía ser apoyada por los revolucionarios, dada su incapacidad para resolver los problemas del desarrollo nacional. Bajo la influencia de la teoría de la “revolución permanente”, divulgada por el trotskismo boliviano, los radicales creían que había que saltarse la etapa democrática –y con ella todo el rollo del “parlamentarismo burgués”– y pasar directamente al socialismo: al control por parte de la clase obrera de la economía y la vida colectiva. Esto no se debía hacer para acometer tareas propiamente socialistas, que no estaban al alcance de una economía semiagraria como la boliviana, pero sí para llevar hasta las últimas consecuencias la misma agenda que la Revolución Nacional había planteado (integración nacional, ampliación del mercado interno, industrialización pesada y ligera), y que había dejado a medias por su subordinación a Estados Unidos, que a su vez se debía al carácter “objetivamente” reaccionario de la clase social que la había conducido –conformada por la intelectualidad y la burocracia sindical.

Este más o menos era el discurso de toda la izquierda radical. Este fue el momento más socialista de la historia boliviana.

Al mismo tiempo, el Partido Comunista procuraba formar un “frente popular” –o unidad de la izquierda para contener a las fuerzas reaccionarias que buscaban ahogar la radicalización social en un baño de sangre– con los sectores izquierdistas del nacionalismo revolucionario, en particular el torrismo, pero también el MNR de Izquierda de Hernán Siles y al PRIN de Juan Lechín. Pero la izquierda surgida de la radicalización de los años 60 y el trotskista Partido Obrero Revolucionario veían a la izquierda nacional con enorme desconfianza, por su capacidad para moderar el movimiento de modo que se apartara de la ruta socialista a ultranza que ellos planteaban. Para miristas, guevaristas y trotskistas, todo trato con los viejos caudillos nacionalistas constituía un acto impuro, de traición a la movilización socialista que estaba en marcha.

Esta ala radical de la izquierda, que era idéntica en su deseo de llevar el proceso histórico más allá del capitalismo, se hallaba sin embargo profundamente dividida por la cuestión del método adecuado para provocar la transformación social. Mientras la mayor parte de estos jóvenes se hallaban encandilados por el Che y Camilo Torres, lo que les llevaba a creer que la lucha armada era el único genuino compromiso con los ideales comunistas, y estaban hartos de la cháchara de los intelectuales ortodoxos sobre la necesidad de esperar a que se produjeran “condiciones objetivas” para el asalto al poder, los fundadores del MIR, que habían visto a compañeros de la tienda política de donde provenían –la Juventud Revolucionaria Democratacristiana– o, en el caso de uno de ellos, Jaime Paz, a su propio hermano, perder sus vidas en la guerrilla de Teoponte, se inclinaban por organizar una insurrección popular de masas, una guerra popular prolongada, al estilo maoísta, antes que un acto vanguardista y testimonial que resultaría admirable por su valor, pero inútil desde el punto de vista de la estrategia revolucionaria.

En suma, el MIR creía que la tarea histórica era la consumación plena de la Revolución Nacional; que el sujeto político que realizaría tal cosa era el “bloque” obrero, campesino y popular, con exclusión de toda expresión política de la burguesía, y que el método de lucha consistía en la preparación política y militar de las masas para que, en un momento de crisis revolucionaria, estas procedieran a capturar el Estado.

El 21 de agosto de 1971 el enfrentamiento llegaría a su momento decisivo. Tanto la izquierda nacionalista moderada, el “torrismo”, como los grupos radicales de los que hemos hablado, fueron derrotados en un par de días. Banzer comenzó un gobierno represivo y anticomunista que duraría siete años.

El “entronque histórico” y el vuelco a la democracia

Los miristas que se quedaron en el país durante los años de resistencia al banzerismo mantuvieron el mismo programa; este fue variando, en cambio, en el debate de los exiliados, primero en Chile (con la influencia de Zavaleta), y luego sobre todo en París, Caracas y Quito... En estas y otras ciudades los núcleos miristas tenían que establecer acuerdos mínimos con los miembros de las otras organizaciones expulsadas del país; había algo que los unía a todos y era la necesidad de recuperar las libertades democráticas que la dictadura les había arrebatado, las libertades de asociación, palabra y pensamiento que el gobierno de Torres, pese a haber sido “de facto”, les había concedido.

De esta manera, los distintos grupos del exilio boliviano terminaron coincidiendo en una cuestión táctica: había que echar a los militares del poder y establecer un régimen democrático, como realización inmediata y condición previa de un posterior avance hacia estadios políticos más avanzados. Este fenómeno se repitió en escala latinoamericana. Educados en la historia del marxismo, estos políticos sabían que a comienzo del siglo, en la lucha en contra del zar, la existencia de un único enemigo y de una aspiración común –el fin de la autocracia–, había hecho posible la unidad de los leninistas con los mecheviques, los populistas y hasta con los liberales. Se sintieron autorizados, entonces, a seguir un camino que por otra parte les aconsejaba su sentido común: derrocar entre todos a Banzer para que luego cada quien pudiera seguir su propio camino. Adoptaron un nuevo esquema histórico: la lucha democrática era en éste la primera etapa de un proceso de más largo alcance en contra del capitalismo.

La aplicación de este esquema tuvo el mismo efecto ideológico sobre la izquierda boliviana que sobre los mencheviques y los partidos de la Segunda Internacional marxista: empujó a todos ellos a identificarse con las libertades civiles y a confiar en métodos que no pertenecían a su tradición, como tocar la puerta de los cuarteles en busca de “militares patrióticos” o como las elecciones, al punto de que comenzarían a preferir estos métodos como medio de transformación social. Esto, a su vez, terminó moderando los alcances y la velocidad que atribuyeron a esta transformación. Este proceso, sin embargo, no estuvo exento de contradicciones internas.

También en este tiempo la izquierda del exilio se autocriticó de su papel en los sucesos de los años 70-71 y evaluó su responsabilidad en la derrota ante Banzer. ¿Había sido lo más sabio desgastar al gobierno nacionalista de Alfredo Ovando organizando la guerrilla de Teoponte; o complicar al sucesor de este, Juan José Torres, con demandas extremas como la participación en el gobierno de la COB y la repartición de armas a los jóvenes movilizados? ¿Había sido correcto arriesgar los avances logrados bajo estos gobiernos –sobre todo las libertades políticas– para lanzarse a una búsqueda mayor que contaba con pocas posibilidades de éxito?

¿No había contribuido la impaciencia de los nuevos grupos izquierdistas a la derrota militar y política del movimiento obrero-campesino y popular? ¿No hubiera sido preferible ser menos ansiosos y avanzar más pausadamente, asegurando cada posición antes de tratar de pasar a la siguiente?

Estas reflexiones condujeron progresivamente a la izquierda marxista a un nuevo compromiso, mucho más estrecho, con la democracia, que entonces aquélla dejó de percibir como un instrumento del enemigo de clase y pasó a incluir en su propio arsenal. Todavía no concebía la democracia como un fin en sí mismo, sino tan solo como un instrumento para lograr algo más, pero ya era un instrumento *suyo*. Como resultado de ello, la izquierda (marxista y nacionalista) se convirtió en la principal fuerza política orientada hacia la conquista de las libertades democráticas en Bolivia (la principal, pero no la única: también apuntaba en este sentido, aunque con mayor hesitación, la derecha del MNR, que apoyó el golpe de Banzer, pero solo hasta 1974). Una vez que la democracia fue reconquistada, la izquierda se convirtió en la principal defensora de esta, lo que le impidió repetir las actitudes maximalistas e irresponsables que tuvo una parte de ella en el periodo 70-71. Así, en estos años de exilio y de lucha contra la dictadura de Banzer se produjo el primer paso del encuentro entre la izquierda y la democracia. Y por tanto en el acercamiento de la primera a posiciones socialdemócratas.

En 1977 y 1978, cuando la autocrítica sobre el papel de la izquierda en el pasado proceso revolucionario había madurado y se producía la revaloración democrática de la que acabamos de hablar, tiene lugar el “seminario de Achocalla” del MIR y el acuerdo de este partido con el MNR-I.

A mediados de 1977, en un pueblo cercano a La Paz llamado Achocalla, el MIR realizó un seminario clandestino para reunir a los dirigentes de la resistencia con los principales cuadros en el exilio. Estos habían pedido el encuentro para persuadir a sus compañeros de la primera línea de combate sobre la necesidad de realizar un viraje estratégico.

El seminario comenzó reconociendo a la Revolución Nacional como el más importante proceso de emancipación de la historia boliviana, truncado por la traición de la clase media que la había dirigido a través del MNR. Los objetivos revolucionarios eran todavía los mismos, es decir, la liberación y soberanía nacionales, las cuales tenían que basarse en el desarrollo y la pujanza de la economía y en la unidad política de su población en torno a un Estado bien organizado. Sin embargo, su cumplimiento exigía una vanguardia de otro tipo. No podía ser la clase media ni la “burguesía nacional” que había intentado crear el MNR. Sería el proletariado, apoyado por los campesinos –esto es, el bloque social que el MIR pretendía acaudillar– que tomaría la posta dejada por el nacionalismo revolucionario clásico. El MIR llevaría la lucha popular “hasta la victoria final”. Sin embargo, no podría hacerlo sin partir de lo logrado hasta entonces por la Revolución Nacional, por un lado, y sin tomar en cuenta la lealtad de las masas a las “banderas de abril”.⁵ Debía ganar a su favor a las “masas del 52” y convertirse así en una “izquierda viable”. Dado que las bases nacionalistas eran caudillistas, no se podía prescindir de sus líderes: para conquistarlas debía llegarse a acuerdos políticos con algunos de los caudillos

⁵ La Revolución estalló el 9 de abril de 1952.

del MNR. La tarea del MIR era continuar y transformar desde dentro la revolución nacionalista, de “entroncarse” en ella, no de contraponerla a un proceso de otra naturaleza. Por esto la nueva teoría mirista se llamó del “entronque histórico”. En consecuencia –y esta era la decisión de los miristas en el extranjero– el MIR no podía continuar aislado de las fuerzas nacionalistas que no habían traicionado al pueblo y luchaban contra el banzerismo. El partido debía autorizar a sus representantes a establecer acuerdos políticos con el MNR-I y la llamada “izquierda nacional” (nacionalista e izquierdista al mismo tiempo), a fin de enfrentar conjuntamente el proceso de liberalización política del país que se avecinaba.

Como resultado directo de esta discusión, el 6 de enero de 1978, Antonio Aranibar del MIR y Hernán Siles Suazo del MNR-I firmaron el “Pacto de Caracas”, orientado a “evitar que la dictadura –con Banzer o sin él– gane el proceso de constitucionalización, articulando para ello un gran rechazo...”. Banzer quería lograr esta “constitucionalización” por medio de las elecciones generales, convocadas para el 9 de julio de ese año. El Pacto describía a sus firmantes como

fuerzas políticas que inscriben su lucha en la proyección histórica de la Revolución Nacional. El MNR-I reivindicando su participación protagónica en el proceso de abril de 1952 –con todo lo que esto supone de responsabilidad histórica y política– y enarbolando como bandera diferenciadora de posiciones antiimperialistas su ruptura definitiva con las corrientes derechistas, que contribuyeron decisivamente a la instalación de la regresiva dictadura establecida con abierta intervención extranjera en agosto de 1971. El MIR, asumiendo su responsabilidad para proporcionar al proceso de la Revolución Nacional la necesaria continuidad liberadora...

En torno al expresidente Hernán Siles –figura histórica de la Revolución Nacional, cuyo momento insurreccional había comandado personalmente– también se juntó, además del MIR, un amplio abanico de partidos de izquierda e indianistas: el Partido Comunista, el Movimiento Revolucionario Tupak Katari (MRTK) del dirigente campesino Genaro Flores, el Partido Socialista (PS) de Guillermo Aponte, el Movimiento de la Izquierda Nacional (MIN) de Edil Sandóval Morón, otras agrupaciones menores y personalidades como los expresidentes Alfredo Ovando y Adolfo Siles Salinas, o como Ema Obleas, la viuda del General Torres, asesinado por la dictadura argentina en el marco del Plan Cóndor. El bloque se llamó Unión Democrática y Popular o UDP.

Los otros contendientes en las elecciones de 1978, además, por supuesto, del oficialismo, eran la alianza de las dos facciones derechistas del nacionalismo revolucionario, el MNR-H de Paz Estenssoro y el PRA de Walter Guevara, el Partido Demócrata Cristiano y el Frente Revolucionario de Izquierda (FRI), que agrupaba al PRIN de Lechín, al Partido Comunista Marxista Leninista (prochino) y a los trotskistas de fuera del POR (el cual no participó en las elecciones). También postuló a la presidencia un político ovandista que se había convertido al socialismo y se haría muy famoso: Marcelo Quiroga Santa Cruz, candidato de una escisión del PS de Aponte llamada “PS-1”; el último participante era otro partido indígena, el Movimiento Indio Tupak Katari (MITKA).

El MITKA y el MRTK eran expresiones del “katarismo”, primera corriente política y electoral en plantear la liberación del indio (y no del “campesino”) como obra de sí mismo, y de una manera distinta que la de la izquierda, que, basándose en el pensador peruano Carlos Mariátegui, la creía un asunto principalmente económico, el cual se resolvería en el socialismo

como una derivación de la emancipación general de la población. El katarismo rechazó la reducción marxista de la lucha indígena a la “cuestión agraria”, planteó que el indio no solo era explotado económicamente, sino también étnicamente por un sistema de discriminación que llamó “colonialismo interno”, y formuló reivindicaciones culturales y de participación indígena en la política. Sin embargo, en este momento todavía estas ideas eran muy minoritarias (su influencia se limitaba a las élites políticas aymaras) y no podían competir con la teoría marxista que otorgaba a los "campesinos" (y no a los "indios") un papel secundario en la revolución, a causa de su condición de pequeños propietarios.

Los exiliados de estos partidos volvieron al país gracias a una épica huelga de hambre iniciada por cuatro mujeres, entre ellas la dirigente minera Domitila Chungara, que logró la amnistía general. La UDP presentó a las elecciones el binomio Siles-Sandóval, y el MIR obtuvo una senaduría por Tarija para su “hombre público”, Jaime Paz Zamora.⁶ A pesar de ello, nadie dudaba de que el fenómeno político del momento fuera otro que el MIR.

Pocos días después de las elecciones, el país se convenció de que el candidato continuista, General Juan Pereda, había ganado a la UDP por medio de un descomunal fraude electoral. Esto obligó a Pereda a tomar el poder por la fuerza, despidiendo a Banzer del cargo que había ocupado por casi siete años. Pero no duraría en la presidencia. El 24 de noviembre lo expulsó y puso rumbo a Miami una conspiración de los militares “institucionales” (es decir, con simpatías democráticas), que dirigió el General David Padilla. Este convocó a elecciones para el 1 de julio de 1979. Tal desenlace provocó la complacencia de las fuerzas democráticas, en especial de la UDP, que triunfó estrechamente en estas elecciones: obtuvo 592.886 votos, mientras que el segundo partido más votado, el MNR de Víctor Paz, logró 539.744 adhesiones. La diferencia entre ambos, entonces, fue de apenas 53.147 votos, y además el MNR tenía ocho parlamentarios más que la UDP. El tercer partido más votado fue Acción Democrática Nacionalista (ADN), recién creada por el General Banzer, que con 225.205 votos mostraba la implantación que éste había logrado en la sociedad, sobre todo por el recuerdo de la prosperidad económica con que el alto precio del estaño (1972-1976) que exportaba Bolivia había beneficiado a su gobierno.

Como ninguno de los candidatos lograra la mayoría absoluta, el Congreso debía escoger al presidente de entre los tres más votados. ADN era enemiga a muerte de la UDP, esta rechazó apoyar al MNR, y el último partido se negó a celebrar un acuerdo que diera la presidencia a Banzer otra vez. Se produjo, entonces, un “empantanamiento” parlamentario, que terminó con la elección transitoria de Walter Guevara, del PRA, quien previamente había sido elegido presidente del Senado con el apoyo del MNR.

Guevara debía gobernar por un año, pero su gestión fue interrumpida por otro golpe de Estado, dirigido por el Coronel Alberto Natusch Busch, y apoyado por dos grupos civiles, el de Guillermo Bedregal del MNR y el de Edil Sandóval, el anterior acompañante de Siles Suazo.

⁶ El principal dirigente del MIR era Antonio Aranibar, pero este partido decidió que el más carismático Paz Zamora sería su “cara visible” en la lucha electoral. Esta decisión muestra que las elecciones todavía se consideraban, a la leninista, un método más entre otros, y no necesariamente el más importante, para llegar al poder. El otro dirigente de la “torika” mirista era Óscar Eid.

Luego de algunos devaneos democratizantes, este gobierno “cívico-militar” reprimió férreamente a las multitudes que salieron a las calles a expresar su rechazo a la aventura golpista y su compromiso con el restablecimiento de la democracia en el país; Natusch también secuestró al parlamento, que se había reunido para expresar su condena al golpe. Los parlamentarios rechazaron la pretensión de los alzados de convertirse en gobernantes “legítimos”. Esta actitud de firmeza, la movilización popular y el anatema de los partidos políticos en contra de Bedregal y Sandóval, terminaron por convencer al depresivo, dipsómano y políticamente errático Natusch de abandonar el palacio. Como “resultado” del golpe se derrocó a Guevara; lo sustituyó Lidia Gueiler, otra militante histórica del MNR, presidenta de la cámara de Diputados, con el compromiso de convocar a nuevas elecciones el 29 de junio de 1980.

Lidia Gueiler fue la primera y la única presidenta que ha tenido Bolivia. Sin embargo, su posicionamiento en la política nacional no reflejaba el de la mujer en general, sino que era una excentricidad; aunque muchas mujeres habían participado en el proceso de radicalización de los años 60, en las luchas socialistas de 1970-1971, en los aparatos de soporte logístico y de guerrilla urbana del ELN, y en las células de los demás partidos radicales, así como en la lucha por la apertura democrática, destacándose en sucesos tan relevantes como la huelga de hambre que obtuvo la amnistía general, rara vez habían ocupado puestos en las direcciones y las candidaturas de partidos y sindicatos, y se encontraba natural que cualquier inquietud sobre la inequidad de género, en la política o en la propia sociedad, quedara subordinada a las cuestiones globales: la conquista del poder por determinado sujeto histórico, con unos objetivos históricos específicos. En todo el periodo previo a la democracia, y por tanto carente de pluralismo y pleno de violencia, las dimensiones exclusivas de la lucha política eran la clasista y la ideológica. Se necesitaría de la llegada de la democracia para que la política incorporara en su problemática política otras formas de opresión hasta entonces invisibilizadas por la confrontación en torno a la naturaleza del orden político, y también para que las mujeres políticas se dieran a sí mismas una identidad diferenciada de las de sus compañeros de partido.

El gobierno de Gueiler fue breve como todos los de esta época, pero intenso. Pese al carácter temporal de su mandato, la Presidenta no tuvo más salida que enfrentar el vertiginoso deterioro de la situación económica del país, cuyas causas no podemos tratar con detalle aquí. Baste decir que la reversión de los flujos de divisas a Latinoamérica desde el mundo desarrollado –que habían sido abundantes en los años 70 y ahora iban en sentido contrario– había desfinanciado al Estado, el cual carecía de los dólares necesarios para pagar sus deudas y respaldar su emisión monetaria, lo que generó inflación y un desplazamiento de los actores económicos hacia la divisa estadounidense. Para enfrentar estos problemas, Gueiler aprobó un conjunto de decretos de ajuste económico (un “paquete”, según la terminología de la época), que incluía el aumento del precio de los combustibles que vendía el Estado a la población, la devaluación del peso boliviano y, para compensar los efectos inflacionarios de ambas medidas, el control coercitivo de los precios de los productos básicos.

Esta decisión era necesaria, pero imposible de sostener por un gobierno tan débil y tan amenazado por los militares, los que acababan de actuar a través de Natusch y que actuarían

una vez más, ya que no se resignaban a que el ejército saliera de la vida política en cuyo centro había estado desde 1964, fecha en que la Revolución Nacional fue derrotada por el General René Barrientos. Gueiler actuó con anticipación en el área económica, pero fue políticamente irresponsable. La respuesta popular a su “paquete”, especialmente los bloqueos de caminos de los campesinos que se oponían al congelamiento de los precios de los bienes que producían, hizo temblar a su gobierno, que tuvo que llegar a acuerdos precarios con los sectores movilizados y quedó herido de muerte, a merced de la inestabilidad política que marcaría los meses siguientes.

En un ambiente enrarecido por la tensión social y el terrorismo de derecha, se produjo una tercera campaña electoral, en la que la UDP volvió a presentar el dúo Siles-Paz Zamora y volvió a perfilarse como la opción preferida por el electorado, encima del MNR de Víctor Paz.

Tres meses antes de las elecciones programadas para el 29 de junio había caído asesinado Luis Espinal, jesuita y director del semanario Aquí, que investigaba la relación entre los comandantes militares de ese momento y el narcotráfico; el 21 de junio, el avión que llevaba a un acto de campaña a Jaime Paz Zamora y a un grupo de altos dirigentes de la UDP, en el que por milagro no se hallaba Siles, explotó en el aire, seguramente sabotado por los grupos de inteligencia del ejército. Paz Zamora fue el único sobreviviente del atentado, pero sufrió graves quemaduras y tuvo que abandonar el país.

Este ataque, como quizá era previsible, aumentó la preferencia electoral por la UDP, que casi duplicó la votación del partido que llegó en segundo lugar, el MNR, y también mejoró el desempeño del socialista Marcelo Quiroga Santa Cruz, quien salió cuarto, con la mitad de los votos de la ADN de Banzer (el tercero) y 11 parlamentarios. Quiroga se constituyó en la revelación de los comicios.

Aunque el Congreso debía decidir una vez más quién sería Presidente, la situación permitía pronosticar que el elegido terminaría siendo Siles... Pero esto ya no se supo. El 17 de julio el comandante del Ejército, General Luis García Meza, con asesoramiento de la dictadura militar argentina, dio un golpe de Estado “quirúrgico” que evitó todos los errores de la intentona de Natusch, y que por eso anonadó a la dirigencia democrática. El mismo día del golpe, y con una sola maniobra, los militares arrestaron a los más importantes dirigentes izquierdistas, que se habían reunido en el edificio de la Federación Sindical de Trabajadores Mineros de Bolivia (FSTMB), en El Prado de La Paz, para debatir la amenaza militar y emitir un comunicado de rechazo. Durante el operativo cayeron asesinados Marcelo Quiroga y el trotskista Carlos Flores. Por otra casualidad feliz, Siles no estaba en la reunión y el representante del MIR en ella, Oscar Eid, logró escapar y esconderse. Ambos saldrían al exilio, en donde los encontrarían los demás políticos democráticos que habían tenido una participación destacada durante esta etapa y que fueron arrestados o se habían escondido.

Las reacciones dentro del MIR al golpe dado en julio de 1980 por García Meza no fueron parejas. Dos sectores se perfilaron entonces. Ambos explicaban en parte el triunfo de García Meza por la insuficiencia política del MIR, pero mientras Aranibar, Paz Zamora y Eid, la *troika* en el exilio, definían esta insuficiencia por la incapacidad del partido para lograr una “convergencia democrática” mayor que la UDP, que incorporara incluso a los militares “institucionalistas” y a la centroderecha, los dirigentes del Frente de Masas Obrero (FMO) del

MIR, Arsenio Camargo y Walter Delgadillo, la definían como negligencia para preparar militarmente y armar al pueblo, que ellos llamaban “bloque social-revolucionario”.

Para estos dirigentes, que vivían escondidos en Bolivia, el peor error del MIR había sido abandonar la perspectiva revolucionaria y pensar en los procesos electorales no solo como medios de fortalecimiento partidario y difusión ideológica, sino como las únicas armas políticas con las que contaba el movimiento popular. Como resultado, el MIR no había podido “levantar un dedo” cuando sus enemigos habían decidido detener coercitivamente su avance democrático hacia el poder. Y solo más de esto cabía esperar en el futuro, si el partido seguía inerte. Había que sacar las conclusiones de la caracterización izquierdista de la burguesía boliviana como profundamente reaccionaria, lo cual determinaba que también fuera antidemocrática. La emancipación social y la liberación nacional del imperialismo, por tanto, únicamente podrían lograrse por la vía del enfrentamiento violento con el ejército.

La *troika*, por su parte, enfocaba su evaluación de la situación política en los indudables avances logrados por este partido y la UDP durante la apertura democrática 1978-1980, y en el aislamiento y la insostenibilidad del gobierno de García Meza. Durante las campañas electorales, en la lucha política de estos años, se habían encontrado con un auténtico fervor democrático, que fortalecía al MIR, lo convertía en un partido de masas, y que este debía canalizar al cumplimiento de su misión histórica. Como representante de la alianza estratégica de los obreros, los campesinos y los sectores populares, el MIR estaba llamado a articular y hegemonizar la lucha por la democracia, para lo que debía atraer hacia sí a todas las “masas del 52”, no solo a las silistas o de izquierda, sino también a las pazestensoristas o de centroderecha, y a los militares progresistas. Esta suma estratégica entre el “bloque social-revolucionario” (los obreros, los campesinos y la plebe) y el “bloque nacional” (la burguesía, las clases medias y los militares patrióticos) crearía la masa crítica necesaria para superar al “gorilismo”, que operaba en nombre del imperialismo y de la “rosca” empresarial ladrona y narcotraficante. García Meza y sus secuaces, decía Paz Zamora, eran la facción de los “hijos de puta” y por eso había que levantar a todos los demás bolivianos en contra suya; tal era la nueva línea política del MIR: agrupar a las “clases nacionales” (una categoría emenerrista) en contra de los “hijos de puta”.

Este debate contenía, en germen, la posterior división del MIR. Pero no pudo desarrollarse. En enero de 1981, el dirigente minero Artemio Camargo viajó a Lima a encontrarse con los exiliados y plantear la evaluación política del FMO, diametralmente opuesta a la de la *troika*. Estaba en una posición muy minoritaria, que apenas si quedó registrada en las actas de esa reunión. Al finalizar la misma, Camargo volvió a Bolivia y lo primero que hizo fue asistir a la sesión de la Dirección Nacional Clandestina en la fatídica tarde del 15 de enero en la que todos los dirigentes internos del MIR, excepto una, fueron asesinados por los agentes de García Meza. Este crimen, la brutalidad y temeridad de quienes lo habían cometido, unificó al MIR hasta la llegada de la democracia, cuando las diferencias ideológicas anotadas encontraron el espacio ideal para manifestarse.

Tal espacio fue, claro está, la crisis económica. Muy lejos de los sueños izquierdistas sobre el escenario histórico en el que se desenvolvería el primer gobierno democrático, este tuvo que

nacer en medio de la peor crisis de la historia nacional, a cuya atención debió consagrarse por entero. Por eso el programa que tenía antes de llegar al poder, que consistía principalmente en mayores conquistas sociales, medidas económicas inviables como el “monopolio estatal del comercio exterior”, y por último la nacionalización de ciertas empresas privadas, no funcionó. El presidente Siles, que según algunos testimonios se sentía “viejo” para gobernar como lo había hecho en 1956-60, sin embargo repitió –como por otra parte suelen hacer los políticos viejos– una receta que le habían dado buen resultado entonces. Al asumir en octubre de 1982, pidió “100 días para resolver la crisis”, buscando una pausa de la protesta social que venía escalando desde hacía meses y que, en cierta medida, era responsable de la salida apresurada de los militares. Y pocas semanas después, lanzó un “paquete” de medidas económicas, comparable con el plan Eder de estabilización monetaria que aprobara en 1956.⁷ En este “paquete” estaba plenamente comprometido el MIR, que había logrado nada menos que seis ministros en el primer gabinete, entre ellos el Ministerio de Finanzas, ocupado por Ernesto Aranibar. La orientación del “paquete” (del que hablaremos detalladamente en el próximo capítulo) era ortodoxa, es decir, contractiva, como lo había sido el plan Eder, excepto por una sola medida de índole más radical, la sugerida por Aranibar, que consistía en “desdolarizar” las deudas y los depósitos bancarios. La reacción de los sectores populares a las medidas también fue “ortodoxa”: ellos no habían luchado por la democracia y por el gobierno de la UDP para recibir a cambio un ajuste parecido al que los militares ya habían intentado hacer. La ecuación que tenían en su cabeza, y que en el pasado la UDP se había encargado de convalidar, era la siguiente: “democracia=bienestar”. Pero hete aquí que, aunque ahora tenían libertad, también menos pan que nunca.

Para colmo, el “paquete” no funcionó, y lo que menos funcionó de él fue la innovación mirista de la desdolarización. En lugar de disipar las expectativas inflacionarias, la primera intervención de la UDP en la economía las elevó. El MIR comenzó a asustarse por las implicaciones políticas que lo que iba sucediendo tenía para su proyecto. El gobierno estaba metido en un gran lío, pero no actuaba en correspondencia. Siles en efecto estaba viejo y no tomaba el toro por las astas. Por ejemplo, casi no había reuniones de gabinete. Además, según el MIR, el MNR-I había formado un “grupo palaciego” que apartaba a presidente de los demás partidos de la UDP (el mismo reclamo que el MNR-I había hecho respecto a la conducta del MIR en el periodo 1979-80). En suma, que hacía falta una “reconducción” del gobierno que diera a éste un funcionamiento más colectivo y productivo.

El MIR sabía cuán urgente era tomar decisiones, pero hacer esto no estaba en sus manos; como siempre pasa en estas situaciones, comenzó a desesperarse. En enero de 1983, luego de un debate interno entre Jaime Paz, más contemporizador, y Antonio Aranibar, más agresivo, el partido decidió amenazar a Siles con la renuncia de los seis ministros miristas del gabinete, en caso de que el presidente no adoptara el plan de reconducción que se le exigía, el que, como se supondrá, posibilitaba una mayor presencia de los miristas en el gobierno –aunque no necesariamente en cargos remunerados o de primera fila–. De manera sorpresiva –los primeros

⁷ Llamado así porque lo preparó el consultor estadounidense Jackson Eder.

sorprendidos fueron los miristas—, Siles respondió aceptando la renuncia de los ministros, con lo que el MIR pasó a la oposición, pese a que Jaime Paz seguía siendo el vicepresidente del país. 12 semanas después de haber sido posesionado, el gobierno de la UDP ya no existía como tal.

El MIR fue desplazado por una convergencia de varios factores: su competencia con el MNR— I por el control del poder, de la que ya hemos hablado; su actitud “reformadora” del gobierno, que parecía —y, en cierta medida, era— una crítica y un desafío al presidente; el yerro de la desdolarización, que le quitó su aura de infalibilidad, y el que para las tareas técnicas de gobierno Siles pudiera recurrir a un bien preparado núcleo de profesionales, el “Grupo Siglo XX”, compuesto entre otros por Franklin Anaya, Orlando Cossío, Domingo Politi y Enrique Ipiña.

Las malas noticias internas seguían y se sumaban. Durante todo este periodo las huelgas se desencadenaron por oleadas, para rechazar los “paquetes” del “gobierno hambreador”, para exigir más salarios y subvenciones de parte del Estado y los empresarios, que generalmente se concedían a medias, lo que bastaba para alimentar la inflación y, por tanto, las expectativas de que el peso se devaluaría, etc... La carestía de alimentos y otros bienes, causada tanto por los efectos de los desastres naturales sobre la agricultura como por la falta de dólares para importar y el agiotaje, generaba zozobra y, por supuesto, desprestigio del gobierno, más movilizaciones, etc.

Siles no estaba dispuesto a reprimir policialmente este torbellino de luchas sociales porque se hallaba sentimentalmente vinculado a las organizaciones sindicales, las cuales habían trabajado por llevarlo al poder —aunque ahora parecieran encaminadas a arrojarlo de él—. También quería demostrar que la democracia usaba métodos distintos a los violentos para resolver los problemas sociales, incluso cuando la ciudadanía abusaba de las libertades que ella misma había conquistado en el periodo previo. Así que la Policía no intervino excepto en casos extremos y siempre de forma limitada.

Pese a esta benignidad del gobierno, el forcejeo con los sindicatos tuvo importantes efectos político-ideológicos sobre estos y los partidos de izquierda. Por un lado, fortaleció las posiciones antiudepistas, como la trotskista y la socialista (aunque la ausencia de Marcelo Quiroga Santa Cruz impidió que el PS-1 se beneficiara plenamente del desacierto udepista en la gestión de la crisis). Por otro lado, separó a los sectores sindicales de los partidos de la UDP, en particular al FMO del MIR y a las bases del Partido Comunista, de la línea defendida por sus respectivas direcciones. Los udepistas que trabajaban en el movimiento obrero, sometidos a la presión de sus compañeros de clase, se hicieron fuertemente críticos a las “vacilaciones” de los dirigentes y ministros, que en su opinión no resolvían la crisis porque no se decidían a afectar los intereses de los poderosos y “profundizar el proceso democrático” en un sentido no precisamente democrático, sino revolucionario. Para ilustrar esta brecha resulta interesante contrastar la siguiente cita de un documento del FMO: “El partido deberá diseñar un plan de encaramiento de la situación de calamidad nacional a partir, sobre todo, de los intereses populares y a costa de los dominantes...” Con esta de Jaime Paz Zamora: “La crisis no se resuelve por medio de un enfrentamiento en el que un sector aplaste al otro. La crisis debe resolverse por un esfuerzo concertado de todos los bolivianos”.

Como suele ocurrir, ya lo hemos visto en el caso del MIR respecto a Siles, el FMO creyó que la forma de asegurar que las decisiones fueran correctas era participar más directamente en

ellas. Exigió entonces que Walter Delgadillo fuera incorporado a la *troika*, solicitud que no fue bien recibida por esta, en particular por Aranibar, encargado del aparato del partido. Finalmente, en una confusa situación, Delgadillo comenzó a ser convocado a reuniones en las que la Dirección Nacional discutía su retorno al gobierno, y en las que no estaba presente Aranibar. En abril de 1984, el MIR volvió a formar parte del gabinete con dos ministros, uno de los cuales era Delgadillo. En ese mismo momento el gobierno aprobó un nuevo “paquete” que el ministro obrero desconocía y que se le antojaba tan “hambreador” como los otros. Así que Delgadillo renunció, lo que le merecería que Paz Zamora lo acusara en la prensa de “cobardía”.

En este momento la ruptura entre el FMO y el MIR se hizo inevitable: se concretaría en los siguientes meses, dando lugar al “MIR Masas”, uno de cuyos dirigentes más importantes era Juan del Granado. Este, ya sin el lastre que representaba la moderación de los otros sectores del MIR, planteó la necesidad de que las bases movilizadas superaran al gobierno de la UDP, tomaran el poder y avanzaran en una dirección distinta. Compartía tal posición con los grupos más radicales de la izquierda, incluyendo al sector sindical del PCB. La mayoría de estos grupos se unió durante el VI Congreso de la COB, que se convocó para septiembre, en la “Dirección Revolucionaria Unificada (DRU)”, la cual se hizo de la conducción de los trabajadores. Delgadillo fue elegido secretario general, el segundo hombre de los sindicatos después del inamovible secretario ejecutivo Juan Lechín.

Para estrenarse en la dirección del movimiento sindical, y con arreglo a su estrategia política, a fines de 1984 la DRU respondió a una nueva andanada de medidas económicas con una huelga general. Esta medida precipitaría la caída de Siles, pero no en el sentido que los revolucionarios esperaban. El presidente, que venía de ser secuestrado por unas horas por un grupo de militares relacionados con ADN, una más de las medidas de presión por reivindicaciones sectoriales que se producían en ese tiempo, comprendió que le resultaba imposible seguir gobernando. Negoció entonces el acortamiento de su mandato en una reunión con los partidos dirigida por la Iglesia Católica. El MIR, que en algún momento había soñado con que la renuncia de Siles sirviera para que asumiera Jaime Paz, tuvo que plegarse a esta otra solución más realista, pero no sin exigir algo a cambio del año de mandato que iba a perder su Vicepresidente; pidió entonces que la ley de convocatoria a las elecciones adelantadas habilitara a Paz Zamora para candidatear, lo que en principio la Constitución le prohibía. Luego de algún debate, el trato se cerró y se fijaron las nuevas elecciones para julio de 1985.

La habilitación de Jaime Paz fue la última acción conjunta entre este y Antonio Aranibar, es decir, la última decisión unitaria del MIR histórico (si consideramos que el FMO se había constituido posteriormente y no había formado parte de la fundación del partido). La ruptura entre ambos se venía incubando desde hacía tiempo, y no tanto por razones ideológicas, como personales y metodológicas. Aranibar consideraba que Paz Zamora y Eid eran demasiado pragmáticos, casi inescrupulosos en sus actuaciones, y que el primero tendía a ignorar a la dirección colegiada del partido y decidir la línea del partido a su aire. Paz Zamora, por su parte, creía injusto que el líder público del MIR no fuera también su líder interno, y que pese a la reconocida habilidad con que él había manejado la estrategia del partido, sobre todo en las encrucijadas históricas, cada uno de sus pasos tuviera que seguir sometido a la aprobación de

un grupo de burócratas e intelectuales celosos de su popularidad. El 9 de diciembre de 1984, en una caldeada reunión que terminó con Jaime Paz lanzando una silla al grupo de Aranibar, el MIR histórico se partía en dos pedazos: el MIR-JP, que luego sería el MIR Nueva Mayoría, y el MIR-Bolivia Libre, que después se llamaría Movimiento Bolivia Libre (MBL).

En marzo de 1985, la Dirección Revolucionaria Unificada de la COB, descontenta por supuesto con el giro que habían tomado los acontecimientos, usó todo su poder de movilización en una acción “definitiva” para arrancar un salario “mínimo vital con escala móvil” al gobierno de la UDP o, caso contrario, sustituirlo por la COB. Se declaró la huelga general y miles de mineros invadieron e inmovilizaron la ciudad de La Paz. Eran las “jornadas de marzo”, épicas pero finalmente inútiles, porque las fuerzas públicas se mantuvieron del lado de Siles y quedó patente, a la vista de todos, que la DRU y la izquierda radical no constituían una real alternativa de poder. El movimiento, entonces, fracasó, comenzando el eclipse de la izquierda radical de los siguientes 15 años.

Dada la dimensión histórica del momento, es simbólico que en el mismo momento en que los mineros ocupaban el centro de La Paz, el MIR-JP se reuniera en Huajchilla, al sur de esta ciudad, para lanzar su campaña electoral. En esta reunión, Jaime Paz señaló que la “izquierda nacional responsable y con posibilidades” salía de la crisis de la “matriz histórica de 1952” y se preparaba para participar protagónicamente de la nueva matriz histórica que comenzaba, esta vez definida por la democracia. Dijo que el pueblo boliviano era “heterogéneo”, pero formaría una Nueva Mayoría mediante un “pluralismo social que no excluye a ninguna clase o sector social, un pluralismo económico y un pluralismo cultural”.

Según la interpretación de los historiadores del MIR, en ese momento Paz Zamora “ya no concebía la dinámica social y política como lucha de clases y como disputa por redistribuir el poder político de manera total, para reorganizar la sociedad globalmente, según pautas ideológicas que aspiran a hacerse principios universales... el líder mirista abandonaba el sentido de la política ‘proclive a la guerra’, sentido que caracterizó desde siempre no solo a los grupos de izquierda, sino al conjunto de los actores políticos en el país”. La democracia es, justamente, lo contrario de la “política proclive a la guerra”. El MIR ya era completamente socialdemócrata.

Se produce entonces una “nueva ideología emergente”, la que –según la describe Jaime Paz– “demanda unidad, que quiere construir y no destruir, que desea trabajar y producir en orden, consenso y libertad, que busca una vida mejor con el progreso y el desarrollo de Bolivia, que clama justicia, honradez y sinceridad, que exige renovación generacional y desea un país regionalizado y descentralizado”.

Esta nueva ideología requiere también nuevos partidos, capaces de “hacer obras”, de gestionar la cosa pública, con un nuevo estilo que “desmitifica la ideología y desideologiza la política”.

En ese momento, Jaime Paz se anticipaba a describir la ideología y el estilo político que predominarían la siguiente década y media. Señalaba con razón que el nuevo valor central de la política en el tiempo que comenzaba no sería la lucha de clases, sino el “pluralismo”. Por tanto, el desafío que se abría ante los políticos de este momento era articular tal valor con la demanda y la necesidad de “unidad”, fundamental para la práctica social. Conciliar “pluralismo” y “unidad”, tal era la tarea planteada.

La caída del muro de Berlín

La caída del muro de Berlín (1989) y la disolución de la URSS (1991) que la primera anunció se inscriben en un periodo de grandes transformaciones sociales que condujeron a la izquierda mundial a lo que podríamos llamar, tomando un término del marxismo althusseriano, una “ruptura epistemológica”.

Usamos este concepto de forma libre para referirnos a una profunda brecha en el flujo del pensamiento social, que determina que aquello que se pensaba en un momento dado, las ideas en uso, se convierta años después en “no pensamiento”, es decir, en ideas de las que ya nadie da cuenta y que, por el otro lado, nadie toma en cuenta. Una “ruptura epistemológica”, nos dice Gastón Bachelard –el inventor de este concepto en el contexto de la historia de la ciencia–, designa el momento en que un conocimiento hasta entonces “oficial” se torna “caduco” y por tanto deja de inspirar las prácticas de la sociedad, entre ellas la tecnología, al mismo tiempo que se retira de los sistemas regulares de enseñanza. Uno de los ejemplos que usa Bachelard es el flogisto. Otro podría ser la astrología.

Como muestran estos ejemplos, la caducidad de un conocimiento no significa que éste desaparezca, sino que pierda su importancia social, cese de ser una referencia de las prácticas sociales, por ejemplo la política, y también quede fuera del programa de instrucción de las nuevas generaciones.

La ruptura epistemológica que la caída del muro simboliza y explicita visualmente encuentra sus raíces en procesos bastante anteriores a 1989, algunos anteriores incluso al propio muro, que se erigió en un momento tardío (1961) de la historia del llamado “campo socialista”.

La lista de causas de este corte es tan amplia que enumerarla por completo resultaría imposible. Para nuestro propósito baste mencionar las principales cadenas de sucesos sociales e ideológicos de las dos décadas previas a 1989:

1) La revolución científica que entraña la informática y el descubrimiento de nuevos materiales, y sus efectos en la producción económica. Esta transformación inició la llamada “globalización” y amplió el rezago y aislamiento económicos de los países socialistas. También produjo cambios en el modo productivo de los países desarrollados que desdibujaron el perfil tradicional de la clase obrera industrial y la redujeron; al mismo tiempo que cambios productivos en los países subdesarrollados que disminuyeron a los obreros manufactureros o, en otros casos, generaron colectivos de trabajadores no sindicalizados y sin conciencia de clase.

2) Los efectos ideológicos del proceso de descolonización de los países africanos y asiáticos en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial; efectos tales como la superación de la visión jerárquica sobre el ser humano, sus distintas culturas, y la relación entre la “razón” radicada en el centro europeo y estadounidense y el “error” esparcido por el mundo no moderno y no occidental. Al mismo tiempo, la difusión de nuevos valores como la igualdad

de las culturas (y por consiguiente el relativismo cultural), el reconocimiento del otro, el respeto a las identidades minoritarias, etc.

3) La crisis de los años 70 de las economías desarrolladas, que se debió al encarecimiento del petróleo y el agotamiento de los modelos estatistas de la posguerra; así como la crisis financiera de los años 80, generada por la incapacidad de los “capitalismos de Estado” de América Latina para pagar la deuda externa que habían contraído gracias a la abundancia de “petrodólares” en la década previa. Estas dos crisis –así como la derrota de las economías socialistas en la competencia contra el capitalismo que fuera parte de la Guerra Fría– desprestigiaron la planificación económica e hicieron necesarios programas de contención o “ajuste estructural” tanto en los países desarrollados como en los periféricos. Estos programas estuvieron orientados a recortar el tamaño, el gasto y la presencia del Estado en la economía, y generaron la “ola neoliberal”. El neoliberalismo, que se probara por primera vez en Chile después del golpe de Pinochet, inició su andadura en los 80 como la respuesta del sentido común económico a los excesos estatistas y pronto se tornó una minuciosa y totalizadora refutación de la doctrina económica izquierdista. En el nivel cultural y de las mentalidades, el vacío causado por la ruptura epistemológica de la que hablamos fue llenado por el posmodernismo o el conservadurismo, o por mezclas de diferentes dosis de ambos.

4) La impotencia de la “idea comunista” para procesar exitosamente los sucesivos y graves reveses ideológicos que sufrió, en mayor escala, desde que dejara de ser el espíritu del antiguo imperio zarista –una porción del planeta siempre condenada a los rigores del poder absoluto– y se convirtiera, después de la Segunda Guerra, en la base doctrinal de la mitad de la población mundial. Un escueto listado de estos reveses debe comenzar con la muerte de Stalin y la lectura por parte de Jrushov de un informe sobre sus crímenes en el 20 Congreso del PCUS, en 1956. Y debe seguir con el aplastamiento de la revolución húngara, el mismo año; la fragmentación del bloque en distintos comunismos nacionales; la expectativa y la decepción provocada por la revolución cultural china; el fracaso de los intentos cubanos de exportar su revolución; la lucha *obrera* en contra del gobierno *obrero* polaco, que terminó en otra intervención rusa, y muchos otros hechos hasta la aceptación por Mijail Gorbachov (1987), al justificar la adopción de la perestroika o reforma del sistema soviético, de que la economía de su país estaba estancada y no solo era incapaz de alcanzar los estándares productivos occidentales, sino incluso de satisfacer todas las necesidades de consumo de los habitantes de la URSS. Todo esto, como íbamos diciendo, socavó la “idea comunista”, que es a la vez más sencilla y más amplia que la doctrina marxista, aunque sea indiscernible de ella, de la que emerge y a la que presta el don de ilusionar a millones.

La idea de que la dictadura del proletariado constituye un resultado del cumplimiento de las leyes científicas de la historia, dice Francois Furet (1995: 11), genera una ilusión “de otra naturaleza que la que puede nacer de un cálculo de fines y medios, y hasta de una simple fe en la justicia de una causa, ya que ofrece al hombre perdido en la historia, además del sentido de su vida, los beneficios de la certidumbre. No fue algo parecido a un error de juicio, que con la ayuda de la experiencia se puede reparar, medir y corregir; más bien, fue una entrega psicológica comparable a la de una fe religiosa, aunque su objeto fuese histórico”. La desaparición del campo socialista constituyó el cataclismo final de esta fe. “Siendo una creencia

en la salvación por la historia”, dice Furet, solo pudo ser destruida completamente por un “mentís radical de la historia”, esto es, por el hecho de que la URSS y sus satélites se desplomaran sin dejar detrás de ellos ninguna institución, forma de vida o fidelidad popular; solamente “el familiar repertorio de la democracia liberal” (11) y el nacionalismo.

5) La aparición de filosofías y teorías en todos los campos del saber humano que, descartando la comprensión ilustrada de la historia como un acontecer determinado por leyes y causas finales –que encontrara su expresión más extrema en el hegelianismo y el marxismo–, ven al mundo ya no como expresión y cumplimiento de “universales” normativos, sino de una forma radicalmente “nominalista”, como un conjunto de singularidades o “casos únicos”, esto es, inconmensurables entre sí e irreductibles frente a cualquier generalización o jerarquía –algo que se ve como emancipador–. Es el *posmodernismo*, pero no en la acepción de corriente filosófica o estilo literario particular, sino de estadio del pensamiento social, en el que también entraron el marxismo y el pensamiento de la izquierda en general. El posmodernismo declaró el final de los “grandes relatos ideológicos” y con ellos de la posibilidad de legitimar la historia, que se había probado como impredecible, y pintó al saber como un conjunto no jerárquico, abigarrado y finalmente impotente de “juegos de lenguaje”.

En Bolivia, el lapso que va entre 1985-86 –fecha de la derrota del intento izquierdista de conservar democráticamente el modelo estatista heredado de los años 50 o, en otros casos, de radicalizarlo por la vía del poder obrero campesino– y la caída del muro en 1989, fue el partaguas definitivo entre el discurso izquierdista tradicional, profundamente influido por la “idea comunista” y que por eso todavía se enunciaba dentro de la modernidad, y el izquierdismo posmoderno.

De la obra de los intelectuales de izquierda más activos en este momento, en especial Jorge Lazarte, así como Henry Oporto, René Antonio Mayorga, Ramiro Velasco y otros, podemos colegir qué ideas antes defendidas por la izquierda tradicional quedaron perimidas por este tajo histórico:

1) *La justificación de la violencia política en la “necesidad histórica”*. En 1987, el comunista Marcos Domich todavía publicaba un libro sobre la estrategia marxista de la insurrección (*La insurrección de Octubre. La experiencia militar de los bolcheviques*); este era obsoleto desde el momento mismo de aparecer. De 1989-90 en adelante, quienes se muestran partidarios de la violencia política ya no pueden presentarse como parteros de la historia, porque la historia ya no se halla preñada; por eso la mayoría los consideraba “terroristas”, es decir, voluntarios y arbitrarios agresores. La desaparición de la URSS probó que ninguna causa puede justificar los millones de muertos y los crímenes que en el pasado se solía considerar el peaje exigido para lograr el avance histórico.

2) *Los “grandes relatos”*. La historia no tiene otro sentido que el que se le imprime a cada momento. Por tanto, los momentos son favorables y adversos por lo que contienen en sí mismos, no a causa de una razón trascendente. Cuenta lo concreto y, por tanto, la técnica y no la ideología, la economía y no la política; el impulso utópico se considera equivalente a la

superstición y se desprecia, por peligrosa y hueca, la épica política; mientras que lo cotidiano, lo “normal”, el cálculo de costos y beneficios, las “decisiones racionales”, las concesiones que garantizan la paz, se valoran por su racionalidad y su capacidad constructiva.

3) *El afán totalitario.* No puede llamarse “democracia” a la imposición violenta de una hegemonía política popular, como era de uso hasta entonces. Incluso los mayores denostadores de las doctrinas liberales sobre la democracia como medio de garantizar el pluralismo, deben admitir el pluralismo de hecho de la sociedad y descartar la posibilidad de reducir esta pluralidad por medios violentos. En suma, el totalitarismo se convierte en sinónimo de lo detestable. La sociedad busca caminos que la alejen de él, tales como la libertad de pensamiento, la descentralización del Estado, la exaltación del individuo, etc.

4) *El clasismo y el economicismo.* La pertenencia a una clase es una de las dimensiones de la existencia de las personas, no la única y ni siquiera la principal. La clase obrera es uno de los sujetos de la política, no el único y ni siquiera el principal. El mundo social es diverso y su representación sociológica se acerca más al “estado de naturaleza” de Locke que a la “base-superestructura” de Marx o a la “sociedad fabril” de Lenin.

A la vez, las ideas que adquirieron nueva carta de ciudadanía fueron las siguientes:

1) La definición de “democracia” como la suma de igualdad política (libertad de elección y postulación), derecho al pensamiento y la expresión libres, derecho a la asociación, etc.; es decir, como “democracia + Estado de derecho” o democracia representativo-parlamentaria.

2) La admisión de la democracia como uno de los aspectos de la emancipación política y moral del ser humano, antes que un mero medio subordinado a estrategias no democráticas de lucha por dicha emancipación.

3) La concepción de la democracia como un *espacio* por ocupar, sobre el que librar batallas, antes que como un *instrumento* de la burguesía en contra de las otras clases, un timo, etc. En otras palabras, la confianza en la posibilidad de transformar la realidad por la vía democrática.

4) La “lógica democrática” –o de competencia, pero simultánea coexistencia, entre distintas visiones de la sociedad– en sustitución de la “lógica de la guerra” que dividía al mundo en dos bandos y buscaba la victoria absoluta de uno y la derrota sin paliativos de otro.

La pérdida de confianza en la previsibilidad y la certidumbre del avance de la sociedad fue vivida por los militantes e intelectuales marxistas bolivianos igual que los religiosos viven una crisis de fe. Los hechos les exigían degradar la justificación “científica” de su lucha y pasar a sustentarla en una voluntad ética de mejorar el mundo que habían sido programados para despreciar, ya que era la razón equivocada –por subjetiva, romántica y “utópica”– por la cual lanzarse en contra del capitalismo. Se les pedía renunciar al recurso a las “leyes de la historia” como guía y explicación última de sus concepciones sobre el mundo y sus decisiones políticas.

Veamos como ejemplo esta intervención del socialista Ramiro Velasco:

“A mi modo de ver se trata de una crisis existencial [de la izquierda]. No en vano el socialismo real, exceptuando Rumania, ha sido desmantelado de forma pacífica. Esto tiene un enorme peso. El hecho de que las reconstrucciones capitalistas ocurran a través de movimientos revolucionarios casi pacíficos, sin grandes eclosiones ni grandes resistencias, demuestra hasta qué punto la paralización económica había afectado la construcción del socialismo. En esa medida, el desmantelamiento del socialismo no solo puede significar una reorientación de la economía, sino también el fin de una creencia. Esto último es muy grave, puesto que la fuerza de una idea se revela en cuanto esta es capaz de constituirse en el ánimo colectivo en una creencia. En la medida en que la idea se debilita como creencia, pierde fuerza la capacidad de hacer pronósticos. Esta es la parte más pesada de la crisis de la izquierda: su incapacidad actual de difundirse como pronóstico, de ser proyecto, de anticiparse como futuro con un grado verosímil de cumplimiento”.⁸

Frente a ello, Velasco propone lo que años antes hubiera sido anatema:

“Dadas las condiciones de la época que se está viviendo resulta casi obvio que no se pueden ofrecer grandes programas revolucionarios, a menos que la política se convierta en neurosis. Más bien, se hace necesario plantearse un programa coherente de reformas que signifiquen ciertas soluciones para los sectores más empobrecidos y para los intereses del país”.⁹

Por el corte epistemológico, solo los “neuróticos” pueden seguir proponiendo “grandes programas revolucionarios”, es decir, pueden ignorar la invitación histórica a valorar la democracia de otra manera:

“Además, esta crisis nos está mostrando la enorme importancia del elemento democrático en el sistema de valores de toda sociedad y del hombre universal. La democracia, en los nuevos desarrollos teóricos de la izquierda, está dejando de ser un medio para convertirse en un fin. La democracia definitivamente tiene que ser asimilada por la izquierda de una manera nueva y con todas sus consecuencias... la democracia representativa, el pluripartidismo... estos conceptos van a tener una aplicación universal ineludible”.

La izquierda marxista llegó a la derrota que simbolizaba la caída del muro ya derrotada de antemano por el coletazo de algunos de los procesos que condujeron a la era neoliberal que comenzaría en 1989. De estos procesos, el de más larga duración fue el que ya vimos: la paulatina valoración izquierdista de la democracia durante las luchas antidictatoriales de la década de los 70. La expresión más relevante de este cambio fue la nueva orientación del principal partido marxista de esta época, el MIR. Como hemos visto, en 1971, cuando se creó, el MIR aspiraba a dirigir el “bloque obrero-campesino y popular” para llevar la sociedad creada por la Revolución Nacional de abril de 1952 al socialismo, allí donde ésta no había podido conducirla por la traición de su dirección política y social, el MNR, un partido de clases medias.

⁸ ILDIS, *Desafíos para la izquierda*. La Paz, ILDIS, 1991.

⁹ Op. cit.

En 1978, luego de su valiente lucha contra la dictadura de Hugo Banzer (1971-1978), el MIR quería algo bastante diferente: “entroncarse” con la Revolución Nacional, lo que significaba llegar a acuerdos con sus líderes históricos para ganarse a las “masas de Abril”, y construir una alternativa electoral a las dictaduras militares. Así fue como se alió con el MNR de Izquierda y el Partido Comunista en la Unidad Democrática Popular (UDP), que se convertiría en el frente más votado en las elecciones de 1979 y 1980. La UDP no tenía un programa directamente socialista, pero tampoco se había decantado por abocarse exclusivamente a reformar el capitalismo (“reformismo”). Esta ambigüedad desaparecería durante su corto periodo de gobierno (1982-1985).

Otro factor de la derrota de la izquierda, quizá el más directo, fue la debacle económica que causó este gobierno, presionado por la quiebra de las empresas estatales de las que el país había vivido en las décadas anteriores, que a su vez se debió a la ineficiencia de estas y la supresión, durante la crisis de la deuda, del financiamiento del que las mismas se habían beneficiado previamente. Al alimentar estas empresas quebradas con emisión sin respaldo, la UDP provocó la mayor hiperinflación y el peor descontrol económico de la historia del país, y perdió el poder.

El desastre económico disminuyó a la clase obrera a su mínima expresión: en 1986 el Estado despidió a 25 mil trabajadores que ya no podía mantener después de la drástica caída de los precios internacionales de los minerales acaecida el año precedente. Como es obvio, la desaparición del proletariado minero, la vanguardia del movimiento trabajador, resultó nefasta para la izquierda radical, cuyas perspectivas dependían de la fuerza de los sindicatos. Todas las corrientes y todos los partidos de izquierda se fragmentaron en varios agrupamientos menores.

En 1989-1990, la derrota local se complementó con el hundimiento del campo socialista. Las condiciones globales compelen a la izquierda a abandonar el pensamiento que habían cultivado a lo largo de décadas. Pero algunas organizaciones y personalidades izquierdistas lo hicieron y otras no. Resultó imposible para los partidos comunistas, trotskistas y guevaristas, que se rehusaron. Estas agrupaciones terminaron disolviéndose, retirándose o, si se mantuvieron activas, perdieron paulatinamente su influencia política. Otros grupos e individuos quedaron sumidos en la perplejidad y se quebraron, abandonando la política.

Los que en cambio dejaron atrás los dogmas del pasado se dividieron entre los que lo hicieron para adecuarse, así fuera de manera crítica, al nuevo orden neoliberal, como el MIR Nueva Mayoría, el Movimiento Bolivia Libre, los partidos socialistas y personalidades de distintas proveniencias progresistas; y los que exploraron otras formas de oponerse al libre mercado y de reorganizar el bloque popular, como el militante sindical Filemón Escobar y cuadros aislados del trotskismo, el comunismo y el MIR Masas. Los primeros terminaron adoptando posiciones dentro del liberalismo democrático, engrosaron la centroderecha y por eso desaparecieron cuando acabó la ola neoliberal. Los segundos constituyeron uno de los afluentes de la nueva izquierda, fuertemente vinculada con el indianismo, que se organizaría a partir de la Marcha por la Vida y el Territorio que los indígenas realizarían en 1990.

En suma, fueron muy pocos, no más que un puñado de individuos, los que consiguieron saltar el foso histórico de la desaparición de la URSS y caer del otro lado todavía dentro de la izquierda. Pero sería una izquierda muy distinta de la que habían conocido.

El surgimiento de la nueva izquierda

A mediados de los 80, el grueso de la izquierda, con el MIR a la cabeza, trató de insertarse en las nuevas formas de hacer política resultantes de la institucionalización de la democracia. Pero no toda la izquierda derrotada por la frustración de la UDP y el posterior programa de ajuste que inició la privatización del Estado siguió este camino. Una parte se dedicó a la lucha sindical, en algunos casos con resultados estériles, como cuando los dirigentes de la Central Obrera Boliviana quisieron seguir dirigiendo políticamente a una organización que ya no tenía influencia política determinante, y mantuvieron su estructura “obrerista”, pese a que los obreros ya no eran la parte más importante del movimiento popular. En otros casos, en cambio, la lucha sindical, libre de la tutela de los partidos de izquierda del pasado, mostró un potencial creativo formidable, como por ejemplo dentro del movimiento campesino. Y en particular en el Chapare (en el centro del país), donde estaban los cocaleros, que se revelarían como una base sindical con recursos económicos, conocimientos políticos –traídos desde las minas por los despedidos de ellas, como el ex dirigente de la FSTMB Filemón Escóbar, fundador del Movimiento al Socialismo (MAS) y mentor de Evo Morales–,¹⁰ y capacidad de presión sobre el Estado a través del bloqueo de la principal carretera del país y del sabotaje de la única política pública de interés de los Estados Unidos, la erradicación de coca. De este vuelco al ámbito sindical, del descubrimiento de este sector, de la lucha del mismo contra la política contra las drogas, así como de las posibilidades abiertas por la Ley de Participación Popular (1994), que municipalizó al país y abrió un espacio para la “ruralización de la política”¹¹ surgirían a principios de los 90 el Movimiento al Socialismo (MAS) y el liderazgo de Evo Morales.

Esta parte, por decirlo así, “afortunada” de la izquierda llevó al Chapare una ideología que era la “ideología promedio” en las minas antes de la “ruptura epistemológica” de la que hemos hablado más arriba: Nacionalismo de izquierda, es decir, nacionalismo desarrollista pero redistribuidor; confianza en el Estado y desconfianza en las élites estatales; odio al ala “gorilista” del ejército y esperanza en su ala “patriótica”; defensa a muerte de las organizaciones corporativas populares y capacidad para proyectar los intereses de éstas como necesidades nacionales. Esta también sería, con el correr del tiempo, la ideología básica del MAS y de su actuación como partido de gobierno (desde 2006), aunque, como veremos, con incorporaciones provenientes del indianismo.

¹⁰ Escóbar sería expulsado del MAS en 2003 por supuestas inconductas políticas. Evo Morales negó que hubiera aprendido de él más que “malas palabras y que mentía permanentemente”; de: <http://www.eldeber.com.bo/bolivia/morales-niega-filemon-escobar-haya.html>

¹¹ Moira Zuazo, *¿Cómo nació el MAS? La ruralización de la política en Bolivia. Entrevistas a 85 parlamentarios de este partido*. La Paz, FES, 2008.

Una minoría de la izquierda no tomó ninguno de los caminos ya descritos y se lanzó a combatir en guerrillas y focos urbanos sin ninguna perspectiva, que terminaron invariablemente con todos los alzados (y algunas de sus víctimas) ejecutados o, en el mejor de los casos, presos. El intento más interesante de los varios que hubo fue el del Ejército Guerrillero Tupak Katari, no solo porque en él militaron Felipe Quispe (líder del partido katarista Movimiento Indio Pachakuti) y Álvaro García Linera (quien se convertiría en el vicepresidente de Evo en 2006), sino porque este grupo comenzó a experimentar con una aproximación ideológica entre el marxismo y el indianismo que se probaría como una mezcla muy atractiva. Expuesta posteriormente en clave no guerrillera por García Linera, le proporcionarían a éste algunos de los recursos que lo convertirían en el intelectual más original y de más proyección durante el tiempo de la crisis del neoliberalismo que comenzó a principios de siglo, razón por la que Evo Morales lo escogería como candidato vicepresidencial.

No solo García Linera, sino toda la nueva izquierda tuvo su oportunidad cuando la era neoliberal llegó a su fin, poniéndose en el orden del día la estatización de las principales empresas del país (las mismas que habían sido privatizadas en la década anterior), a fin de emplear los excedentes extractivos en el “desarrollo”, así como la redistribución de tierra y riqueza. La nueva izquierda no inventó algo completamente nuevo, sino que volvió a formular el proyecto económico de la Revolución Nacional, abandonado en los años 80 por la quiebra del Estado productor.

Pero con una diferencia: postuló un nuevo sujeto social para realizarlo. Si antes el pensamiento de la Revolución Nacional había confiado la tarea de la emancipación en una alianza de “clases nacionales” dirigidas por un bloque de profesionales y obreros, ahora se esperaba que la revolución la realizara el movimiento indígena, es decir, los campesinos y los inmigrantes pobres de las ciudades, pero despojados de sus determinaciones económicas y convertidos en sujetos étnico-culturales. Y, detrás de ellos, los otros sectores “plebeyos” de la población.

Este desplazamiento se debió, en primer lugar, al desprestigio del marxismo ortodoxo y de los proyectos de homogeneización clasista o nacional que se trató de llevar a cabo en el siglo XX. Del fracaso de estos intentos, como hemos visto, surgieron ideologías que conciben la política en términos de lucha cultural y que, fundadas en un relativismo antropológico, propugnan un Estado capaz de respetar y, aún más, de reflejar la diversidad de identidades de la sociedad.

Pero el ascenso de “lo indígena” también tuvo un origen material: las transformaciones que por varias décadas sufrió la base económica del país, tales como la disminución del proletariado, la modernización “a medias” o frustrada de los habitantes rurales a través de la migración a las ciudades y el acceso a servicios educativos y sociales mediocres, etc. Estos procesos convirtieron a dos sectores sociales, los campesinos que viven parte del tiempo en las ciudades (en particular los aimaras) y los vecinos empobrecidos de las periferias urbanas, en la mayor fuerza de masas del país. Estos grupos protagonizaron los principales acontecimientos políticos que sepultaron al neoliberalismo.

Finalmente, el sesgo indianista del proceso de superación del neoliberalismo fue el resultado de la lucha política de los partidos indianistas. El indianismo como tal surgió del fracaso del proyecto de “asimilación” indígena impulsado por la Revolución Nacional, y lo hizo justamente allí donde ese fracaso había sido más rotundo: en el altiplano aimara, la zona del país en que el mestizaje es menor y donde se combina de forma más contrastada una cierta elevación del nivel educativo y un aumento de las expectativas populares, con la carencia de oportunidades reales de ascenso social. Su expresión fue el “katarismo” (por Tupak Katari, líder aimara del tiempo de la Colonia). Para tener éxito electoral, el katarismo, dividido en varios partidos, tuvo que esperar por muchos años a que desaparecieran las otras organizaciones que también se asentaban sobre la frustración aimara por los resultados contradictorios de la Revolución: la izquierda marxista y sindical, primero, y luego el populismo “cholo”. Finalmente, a principios de siglo, impulsado por la rebelión social general, tuvo un ascenso electoral y político que imprimió la principal marca indianista a la revolución que, sin embargo, no fue esta corriente, sino Evo Morales, el que terminó por comandar.

Morales superó a los kataristas en un terreno relativamente extraño para la izquierda sindical de la que provenía, el campo electoral, en el que el MAS se introdujo en 1995, cuando decidió participar en las elecciones municipales de este año. No tenemos espacio para explicar cómo lo logró. Más bien nos interesa anotar que el MAS recuperó la experiencia de su antecesora, la “izquierda del siglo XX”, y decidió permanecer en el ámbito de la democracia representativa, tanto en su lucha por el poder y en el ejercicio que hizo de éste, como en el rediseño del sistema político a través de un proceso constituyente que culminó en 2009.

El éxito del MAS no tiene nada que ver con la “teleología” que muestran algunos análisis que se han realizado sobre él; no se debe al destino, sino a la capacidad de este partido para tomar en cuenta y aprovechar las fuerzas existentes y eficientes de la política nacional e internacional, entre las cuales la democracia ocupaba, desde la caída del muro, el sitio más destacado.